

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 26. — N° 765.

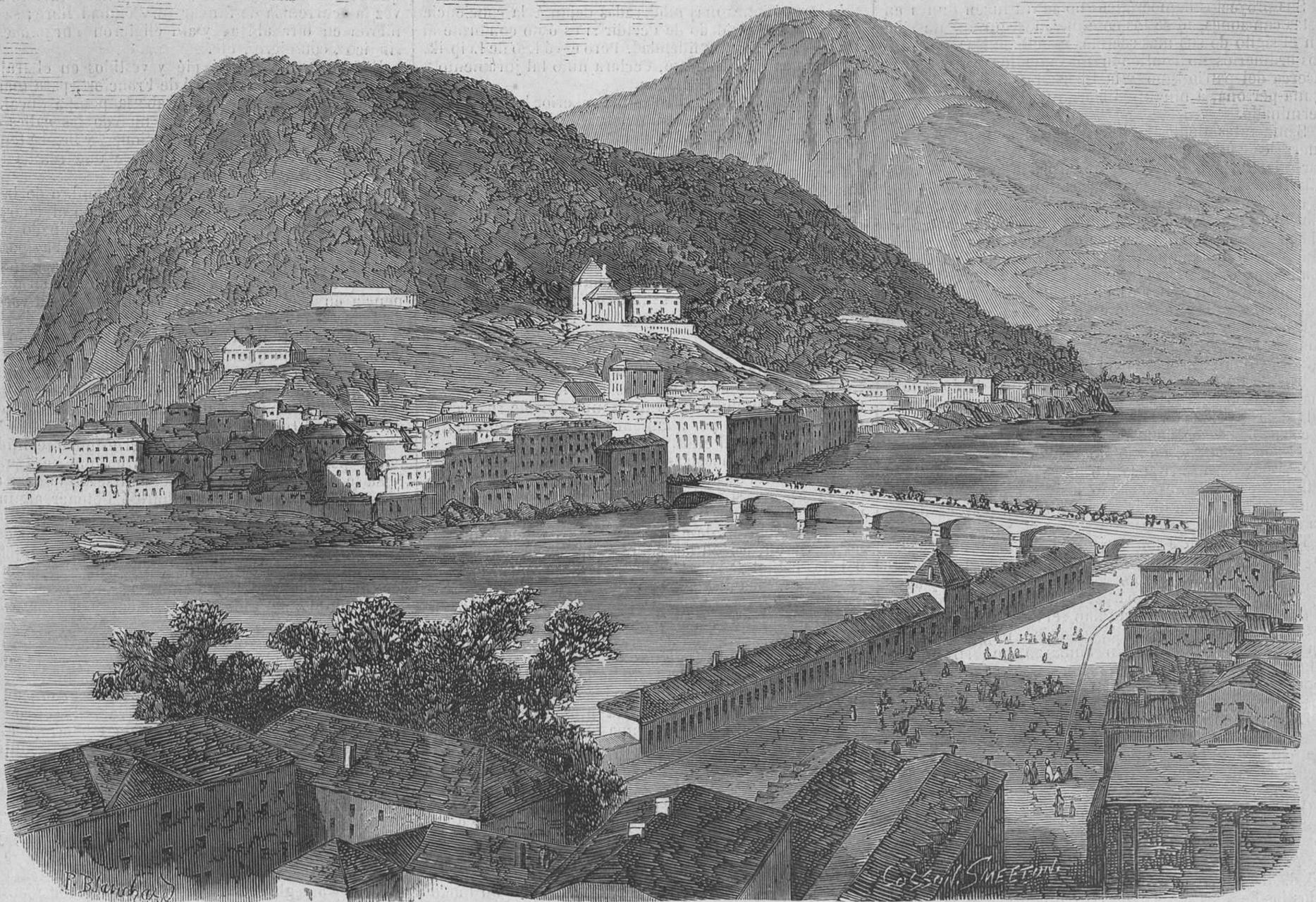
Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

La ciudad de Salzburgo; grabado. — Costumbres de las universidades de Alemania. — La insurreccion de Creta; gra-

bado. — El general Escobedo; grabado. — Catástrofe en Burdeos; grabado. — Revista de Paris. — Poesia : La Estrella del Norte. — El progreso en la condicion de la mujer. — Exposicion universal de 1867; grabados. — Revista de la mo-

da. — Artistas célebres. — Ferro-carril de Vitre á Fougères; grabados. — Oliverio. — Problemas de ajedrez; grabado. — El Album autográfico; grabados.



AUSTRIA. — Vista de Salzburgo.

La ciudad de Salzburgo.

Nuestro primer grabado representa la ciudad de Salzburgo que atrae en este momento la atención de Europa. Capital del territorio de este nombre, Salzburgo, es una ciudad pequeña, pero lindísima, de la cual se enorgullecen los alemanes. De ella decía Mozart: «Quien no ha visto Salzburgo no ha visto nada, y el que no pueda ir a Nápoles, debe por lo menos ir a Salzburgo.»

Como se ve en nuestro dibujo, el aspecto de la población es muy pintoresco. Envuelta en un pliegue de los Alpes que extienden hasta allí sus gigantes brazos, esta preciosa ciudad alemana, parece hallarse perdida en el fondo del inmenso anfiteatro formado por las montañas que la rodean.

Dos de estos montes, el Mønsberg y el Capuzinerberg, la ponen completamente al abrigo de los rigores del invierno. En el fondo del valle que enlaza esta muralla eterna, un riachuelo llamado el Salza, refleja graciosamente en sus cristalinas aguas los sitios de tan alegre paisaje.

La fisonomía de la ciudad revela su origen. Salzburgo con sus calles angostas, su fortaleza y sus numerosas iglesias recuerda la edad media. La ciudad no tiene veinte mil habitantes y cuenta veinte y seis iglesias.

Tal es el punto elegido para la entrevista de los dos soberanos de Francia y de Austria. ¿Marcará una fecha célebre en la historia esta entrevista? Lo sabremos en un porvenir próximo.

H. V.

Costumbres de las universidades

DE ALEMANIA.

(Continuación.)

La época en que tomaron las armas contra la Francia fué tan fecunda en himnos de esta clase como en rasgos de valentía. Aunque los estudiantes alistados en la *landwehr* (milicia nacional) no contasen en sus filas otros poetas de profesión que el joven Kørner, con todo, entre sus cantos de guerra los hay admirables, que pueden competir con los de Arnalt, y que causarán siempre en los alemanes una viva impresión, porque les recuerdan unos acontecimientos y un entusiasmo que no tiene ejemplar en los fastos de la Germania.

Sus proyectos democráticos no se traslucen nunca en estas canciones, ni se los comunican seguramente sino en el sigilo de sus más secretos conciliábulos; sus cantos ordinarios no contienen más que lugares comunes acerca del patriotismo y la libertad, sin aludir a ninguna persona, a ningún gobierno ni a ningún plan determinado.

Semejantes demostraciones se avienen muy poco, fuerza es confesarlo, con el respeto que parecen profesar a la edad media, pues que en parte han tomado de ella su traje, y adoptado sus costumbres caballerescas.

El que no haya recorrido los Estados de la confederación no puede formarse una idea de todas las contradicciones que pueden encerrarse en una cabeza alemana.

Lo más regular que presenta la conducta de los estudiantes no es precisamente esta vida de *café*, entre cuyos inconvenientes no es el menor echar a perder su salud, sino aquel indómito espíritu de corporación que resiste a toda idea de disciplina, y que los lleva con frecuencia a cometer las más reprensibles violencias. Tan difícil le fuera al soberano el romper este *haz* de voluntades que de los cuatrocientos estudiantes de Jena forman un solo cuerpo y una sola cabeza, como lo ha sido a la casa de Hanover el someter los clanes de la alta Escocia. Sus asociaciones, conocidas con el nombre de *Landsmannschaften*, no son de origen muy reciente en Alemania; pero se supuso, no há muchos años, que los estudiantes habían estrechado los lazos que los unían, con el objeto de cambiar la organización política de sus pais.

Tales asociaciones son perjudiciales a los progresos de los estudios académicos; los estatutos de las universidades las reprueban; el gobierno las ha proscrito, y aunque es cierto que ninguna parte han tenido en los movimientos democráticos que han servido de causa ó pretexto para la creación de la comisión inquisitorial de Maguncia, es evidente sin embargo que su efecto, aunque no sea su objeto, es hacer a la corporación entera y a cada uno de sus miembros superiores a las leyes de policía y seguridad que rigen el país.

La palabra *landsmannschaft* caracteriza con la mayor exactitud estas extrañas instituciones; pues vienen a ser, como lo indica la misma palabra, unas asociaciones formadas entre compatriotas ó los estudiantes que pertenecen a un mismo Estado de Alemania.

Estas federaciones están organizadas con regularidad. Cada una tiene su presidente, su secretario y sus consejeros, forman el consejo ó comisión de la *landsmannschaft*: esta comisión dispone de los fondos de la comunidad, dirige los negocios, cuando los hay, y figura en todos los desafíos *pro patria*, así llamados cuando se ha atacado el honor de la corporación entera.

Los presidentes de las diferentes *landsmannschaften* de una universidad componen una comisión superior. Este tribunal supremo no solo ventila los negocios de cada asociación aisladamente, sino que decide también de la masa entera, y vela sobre la estricta observancia de los estatutos generales que se han impuesto.

Las reuniones de estas comisiones son frecuentes y periódicas; pero el misterio de que han sabido rodearse las ha ocultado hasta ahora al ojo perspicaz de la policía, y han causado muchas ansias y desvelos a los profesores.

Los soberanos alemanes han acusado durante mucho tiempo a los claustros académicos de hallarse en connivencia con las *landsmannschaften*, ó de cerrar los ojos sobre los peligros que presentan: y los profesores han echado en cara al gobierno el haber creído que es tan fácil descubrir lo que los estudiantes tienen tanto interés en ocultar.

Las pesquisas de los profesores no han hecho más que condensar las tinieblas que cubren estas asociaciones. En las disputas suscitadas por los estudiantes, y en su coligación instantánea contra las medidas de disciplina que se toman contra ellos, reconoce fácilmente el claustro la mano de las *landsmannschaften*; pero le es imposible saber cuáles son sus conciliábulos.

Después que los gobiernos de Alemania han declarado una guerra abierta contra estas asociaciones, el sigilo ha venido a ser la condición rigurosa de su existencia, y nada perdonan los estudiantes para que sea fielmente guardado.

De ahí se sigue desgraciadamente que, colocando los estatutos de la orden el bien de la *landsmannschaft* entre los primeros deberes del estudiante, sacrificaría, si fuese preciso, todos los principios del honor y de la probidad a aquella obligación *sagrada*.

En algunas universidades previenen los estatutos federales que si un estudiante es llamado ante sus profesores para ser preguntado acerca de la existencia de una *landsmannschaft*, desde aquel punto deja de formar parte de ella, y puede, sin el menor escrúpulo de conciencia, declarar que no pertenece a semejante orden.

En otros se ha determinado que semejante averiguación produciría por este único hecho la disolución de la misma orden hasta haberse aquella cerrado; lo que permite a todos sus miembros negar atrevidamente la existencia de la asociación. A veces da su palabra de honor el neófito, en el acto de su admisión, de que hará cuanto dependa de él para persuadir que no existe la asociación, y que lo negará sin titubear, si es preguntado por el claustro ó la policía.

De tarde en tarde, esperando que estos focos de desórdenes se apagarán por falta de pábulo, exigen los profesores al alumno que se matricula por primera vez el juramento de que no se asociará a ninguna *landsmannschaft*, juramento de que es relevado por los estatutos federales.

Las comisiones más moderadas dejan a la conciencia del neófito el cuidado de decidir si es ó no conforme al honor el guardarles fidelidad. Pero el código de Leipsik, que hemos visto impreso, declara nulo tal juramento y condena a los que lo exigen.

Concede además a la comisión superior la facultad de dispensar al hombre de su palabra de honor según las circunstancias, y principalmente en materia de dinero, cuando se ha abusado de su buena fe. Así sucede que los estatutos de las *landsmannschaften*, que parecían destinados exclusivamente para fallar sobre puntos de honor, prescriben ó autorizan la violación de los deberes que impone ese honor mismo.

Tales son los preceptos que obedecen unos hombres que continuamente tienen en los labios las palabras libertad, patriotismo, virtud. Ya se deja concebir hasta qué punto pueden malear el sentido moral de los alumnos esas máximas jesuíticas, ese odioso sistema de restricciones mentales.

El cortísimo número de estudiantes que se mantienen extraños a tales asociaciones forman una clase aparte. Expuestos a mayores vejaciones que los mismos paisanos, se ven absolutamente incomunicados de sus camaradas, que tienen por altamente deshonesto el mantener relaciones con ellos.

Los echan de todas sus reuniones y banquetes; y tales privaciones serían menos sensibles a estos párias de nueva especie, si no les siguieran por todas partes los insultos y el menosprecio de sus discípulos; y si, por no haber querido desapropiarse de su independencia, no se viesan, así en las calles como en los paseos, señalados con el dedo y tratados de viles. Entregados sin protección a los mayores sarcasmos y ultrajes, tendrían que habérselas con todos los adeptos, en caso de pedir una satisfacción.

Todas las violencias que estos últimos se han prohibido entre sí, como indignas de gente bien educada, son permitidas cuando se trata de los llamados *salvajes*.

Estos desventurados jóvenes, viéndose imposibilitados de resistir por más tiempo a la proscrición que les persigue, se acogen por fin a una *landsmannschaft*; pero entonces les llaman *renunciantes* en su jerga.

Después que han renunciado al estado de naturaleza, ocupan en el orden de la civilización académica un puesto más elevado que los *salvajes* obstinados; pero su sumisión tardía y forzada los hace muy inferiores a los francos *camaradas*. Solo se les considera acreedores a la protección de los hermanos a que se han asociado, pero en el sentido de que todos tomarán su defensa en el único caso de ser insultados ó atropellados de un modo distinto del que permiten los estatutos; resultando de aquí que la única ventaja que sacan del nuevo yugo que

se han impuesto es el ser molestados según regla, cuando antes lo eran contra regla.

El objeto ordinario de las asociaciones es el mantener la paz y la benevolencia entre los ciudadanos; pero el de la *landsmannschaft* parece ser el de suscitar riñas. La discordia reina constantemente entre ellos, y únicamente cesa cuando la necesidad les obliga a formar causa común.

Cada una de las *landsmannschaften* aspira al predominio en la universidad, y a hacerse, si no respetar, temer a lo menos más que las otras dentro de la ciudad. Se les podría tolerar, si toda su emulación consistiese en llevarse el premio en el juego de la pelota; se les debería aplaudir, si compitiesen las asociaciones en cuál presentaría estudiantes más aplicados; pero toda su ambición se cifra en pasar entre los baúsanos de la ciudad por los más descarados camorristas, en tener ó causar el mayor número de desafíos, ó en manifestar mucha sagacidad ó audacia en resistir a todos los esfuerzos que emplea la autoridad civil ó académica para poner coto a sus extravagancias.

En Jena permite la costumbre que los estudiantes den bailes; y para que no se turbe la tranquilidad pública, el claustro pone a su disposición el café de la Rosa, que pertenece a la universidad y está bajo su vigilancia especial. En cualquier otro local que diesen los bailes, no serían concurridos de las señoras de tono, es decir, de las hijas y esposas de los profesores.

Cuando una *landsmannschaft* proyecta un baile, se coligan todas las demás asociaciones para mortificar a los danzantes, van a la puerta del salón, hacen unas cerradas infernales, y acaban las más de las veces por romper todos los cristales. ¡Sabe Dios cuántos desafíos ocasiona para el día siguiente aquella bataola! Había una *landsmannschaft* anunciando un día el baile antes de contratar a los músicos; al instante arreglaron los otros un concierto para la misma velada y ajustaron toda la orquesta. Los danzantes se vieron en la necesidad de renunciar a la función ó de mandar venir músicos de Weimar.

La chanza hubiera sin duda tenido consecuencias desagradables, si los del concierto no hubiesen cedido su orquesta a los del baile, bajo la condición de que se daría la función en nombre de todo el cuerpo de camaradas.

Otro día se les metió a algunos estudiantes en la cabeza que habían de crear un ducado independiente, y fueron a instalarlo en una aldea, cerca de Jena, adonde iban a beber cerveza todas las tardes. El mejor bebedor fué nombrado duque, y este eligió los oficiales de su corte entre los amigos que le disputaban la palma.

La corte hizo su entrada triunfal en la ciudad a caballo; y esta farsa, que todo lo más hubiera podido perdonarse a niños, era altamente ridícula tratándose de jóvenes adultos; pero metió mucho ruido, que era lo que se habían propuesto. Sus compañeros tuvieron a su vez la ocurrencia de fundar una ciudad libre; se reunieron en otra aldea, y allí eligieron burgomaestres, síndicos, consejeros, etc.

Hicieron su entrada a pie y vestidos en el traje de magistrados de Hamburgo ó de Francfort, para manifestar el desprecio que les inspiraba la pompa ducal. Encontráronse los dos bandos en una de las calles de la ciudad; mediaron serias explicaciones, y llegó a temerse por algunos instantes que estallase una reñida lucha entre S. A. S. y la ciudad libre.

El estudiante, considerado como miembro de la asociación, es tan altivo y quisquilloso como el cuerpo de que forma parte. Cuando se presenta dominado por el espíritu de secta, no reconoce superior, ni hay posición social ante la que se doble su orgullo. No hace muchos años que la emperatriz de Rusia, durante su permanencia en Weimar, visitó el museo de la universidad de Jena.

Entre los estudiantes que se habían agolpado para verla, había uno que no se había quitado el gorro y tenía la pipa en la boca, mientras pasaba S. M. El vicerector le llamó y reprendió su descortesía.

— Yo soy un hombre libre, contestó el estudiante con altivez, ¿qué tengo que ver con la emperatriz?

A ejemplo de sus compañeros, el estudiante mide su honor por el número de desafíos en que ha figurado. Nada le mortifica tanto como el batirse sin quedar airoso; pero todavía es peor, si aspira a obtener algún influjo sobre sus compañeros, el no haberse batido nunca.

Si riñe en duelo, no es para tomar satisfacción de un insulto, y si prodiga un ultraje, es con el solo objeto de tener un pretexto para batirse. No visita el gabinete de lectura, sin haber visitado antes la sala de esgrima: esta es su templo, su Dios es la espada, y el *Comment* su evangelio.

Llábase *Comment* el código general que sirve de pauta a todos los iniciados en las *landsmannschaften*. La custodia de este cuerpo de leyes, que se ha transmitido de generación en generación universitaria, está confiada a la comisión superior; este es el libro sagrado, cuyos preceptos más insignificantes no pueden sujetarse a disputa; porque nada hay malo en cuanto él permite, ni nada bueno en cuanto prohíbe. Dícese proverbialmente de un estudiante que está por desasar: No tiene su *Comment*. Este libro establece el modo cómo deben elegirse los oficiales superiores, determina las relaciones de los *salvajes* y *renunciantes* con los camaradas, y las que deben mediar entre estos últimos.

Es además el código penal de los miembros de la asociación, y arregla sobre todo muy circunstanciadamente el gran negocio de los lances de honor. Allí se encuentra de qué modo deben portarse los estudiantes en las

disputas que se promueven entre ellos y cómo deben terminarse. Contiene igualmente un vocabulario de palabras injuriosas, y á su lado el modo de pedir una satisfaccion conforme á la gravedad de cada una; formulario que pudiera titularse muy bien: *Estilo de desafíos ó Manual del honor ultrajado*.

La escala de las injurias termina con este atroz apóstrofe *imbécil!* Si se os ha prodigado un insulto menos grave que este, no estais obligados á pedir una satisfaccion, sino que podeis *desquitaros*, esto es, replicar con otro denuesto mas picante; si en medio de vuestro coraje no os habeis plantado de un brinco en lo mas alto de la escala, sino que todavia habeis dejado márgen á vuestro adversario, este os responderá con una expresion mas enérgica aun.

De esta suerte se entabla entre ambos contrincantes un no interrumpido cambio de *requiebros*, hasta que la explosion de la palabra *imbécil!* da la señal del desafío.

Esta es la teoría del *Comment*. Al que sobrelleva todos estos epitetos sin *desquitarse* ó pedir una satisfaccion, se le castiga con el *Verchis* ó excomunion menor; pero puede rehabilitarse batiéndose, dentro de un tiempo determinado, con alguno de sus camaradas. Mas si deja pasar este plazo, su sentencia se hace irrevocable; ningun poder humano fuera bastante á devolverle su honor y sus derechos. Para siempre jamás lleva estampado en su frente el sello de la infamia, é igual castigo aguarda á cuantos comuniquen con él.

Todo el mundo puede insultarle impunemente; proscrito del imperio académico, se ve aislado en medio de sus discípulos, y hecho el blanco de toda suerte de vejaciones y ultrajes.

El *Comment* explica muy minuciosamente la importante materia del duelo. El traje, las armas que han de escogerse, el modo de usarlas, la distancia que deben guardar los combatientes, etc., son objetos de reglamentos muy circunstanciados, que á lo menos tienen la ventaja de imposibilitar toda felonía. En algunas universidades, el arma mas usual es el sable; en otras la espada; la pistola está desterrada de todas.

En Jena riñen con un arma llamada *Schlager*, y consiste en una hoja de unos tres piés y medio, sumamente aguda y de tres filos como la bayoneta. El puño consiste en una placa circular de estaño de ocho á diez pulgadas de diámetro y de forma semiesférica para proteger la mano. Algunos chuscos maliciosos la han llamado la *sopera del honor*.

Esta especie de copa se adapta al puño, que tambien puede separarse de la hoja por medio de una rosca, de suerte que los dos adversarios llevando la hoja debajo del chaleco y lo demás en el bolsillo, pueden salir al campo como de paseo sin que nadie sospeche nada. Ademas de los padrinos, deben llevar siempre en su compañía un árbitro ó tercero y un cirujano: este último es un estudiante de medicina, al que el *Comment* impone el silencio mas absoluto.

Igual discrecion se requiere de los demás espectadores, de los combatientes, y finalmente de todos los que tengan noticia del duelo. Por esto si uno de los dos adversarios muere, un sigilo impenetrable oculta á la policia las causas de su desaparicion. Ello no hay duda que los combates de muerte son rarísimos, ya porque todos los estudiantes tienen una mano muy ejercitada, ya tambien porque en la ostentacion de su valentía entra una buena dosis de quijotismo.

En estos desafíos nadie muere en el acto, pero las heridas ocasionan enfermedades mortales y dolencias incurables. Un profesor conocido mio, que se hallaba muy al corriente de la conducta de los estudiantes, me dijo un dia que muchos de ellos, de resultas de los desafíos, volvian con la tisis á sus hogares.

Con motivo de un negocio de esta clase que habia tenido aciagas resultas, recibió del duque de Weimar la orden de proceder á una averiguacion; pero se negó á ello á menos que al propio tiempo se le autorizase para obrar contra todas las *landsmannschaften*.

En virtud de esta autorizacion, emprendió una pesquisa que produjo la aprehension de muchos *schlager* y el arresto de los principales alborotadores. Este inespereado rigor no produjo mas que un efecto momentáneo; pues no por esto dejaron de subsistir como antes las asociaciones.

Estos mismos estudiantes que entre si viven como espadachines, se coligan con una prontitud y un orden admirables, si se trata de burlar al gobierno ó de jugar una mala pasada á los modestos artesanos á quienes, en su pedantesca arrogancia, llaman *filisteos*. La menor resistencia de parte de estos los expondria á ver rotos sus cristales ó á otros primores de la misma naturaleza, sin que por otra parte pudiesen pedir satisfaccion por estos ultrajes, si no eran nobles ú oficiales del ejército, porque los camaradas crearian degradarse riñendo con ellos.

Si la policia civil los sorprende en sus calaveradas, no titubean un momento en atacarla y ponerla en derrota. Yo he visto en Leipsick á un cuerpo de guardia obligado á capitular de resultas de una riña que uno de ellos habia tenido con un soldado por una ramera.

Despues de las campañas de 1813 y 1814, los estudiantes mas influyentes de Jena propusieron el convertir sus asociaciones particulares en una confederacion general regida por una constitucion algo mas razonable que el *Comment*; y le dieron el nombre de *Burschenschaft* (la liga de los amigos). Despues de largos debates, se adoptó este proyecto. Prevenia el nuevo código que á nadie se violentaria para que entrase en la nueva federacion; prohibia el llevar perros, fumar y tener la ca-

beza cubierta en las reuniones solemnes, y contenia otras muchas reformas de policia interior.

La idea de una federacion general se propagó luego por todas las universidades, y cuando en 1817 se reunieron en Warburgo los estudiantes de todos los puntos de Alemania para celebrar el aniversario de la reforma y de la batalla de Leipsick, votaron por unanimidad la destruccion de las *landsmannschaften* y adoptaron una *Burschenschaft* general. Resolvióse que en cada universidad, el cuerpo de estudiantes que se hubiera sometido á la ley natural nombraria uno ó mas delegados para formar un consejo supremo ó junta directiva, y que cada miembro aprontaria una cotizacion anual para atender á los gastos del servicio.

Adoptóse un uniforme muy extraño, tomado del siglo XV, y por emblema una pluma y una espada en cruz. Su declaracion de principios no respiraba sino libertad, patriotismo, igualdad, independencia, etc.

El pueblo, maravillado de semejante lenguaje, se preguntaba naturalmente ¿qué iban á hacer? ¿qué significaban todas aquellas diputaciones y juntas en unos jóvenes cuya primera obligacion debia ser el estudio? ¿cuál era el objeto de aquel consejo supremo cuyas órdenes debian ser ejecutadas de Kiel á Tubinga, desde los Alpes al Báltico? Estas eran las preguntas que todos se hacian: los partidarios del despotismo fueron los primeros en dar el grito de alarma; y á la verdad hubiera sido extremar la credulidad el figurarse que podian permanecer organizados de esta suerte sin comprometer la pública tranquilidad ocho ó diez mil estudiantes animados del ardor político que los mismos gobiernos habian procurado provocar, prometiendo en medio de la borrasca lo que no tenian intencion de cumplir cuando se hallasen fuera de peligro.

Los miembros de la universidad de Jena, amigos sinceros de la libertad, manifestaban la misma conviccion que los fundadores de la *Burschenschaft*, y aunque animados de un ardiente deseo de hacer cesar las deplorables divisiones que existian entre los estudiantes, llevaban la secreta intencion de emplear aquella asociacion general como un instrumento político. Levantáronse los gobiernos contra la *Burschenschaft*, y fué desplomándose primero en Jena, y sucesivamente en las demás universidades.

Por todas partes recobraron su antiguo vigor las *landsmannschaften* y el *Comment* con todos sus abusos, con grande satisfaccion de los defensores mas acérrimos del fantasma que llaman *libertad académica*.

A juzgar esta supuesta libertad por el aprecio que de ella hacen, cualquiera se figuraria que les afianza el goce de unos privilegios civiles ó políticos muy importantes; pero es un error. Solo consiste este fuero en presentarse con un exterior y un traje de la mas ridícula extravagancia; en dejarse crecer la barba, llevar el cabello tendido sobre la espalda, cuando todo el mundo se afeita y corta el pelo; en pasear las calles con botas de montar, armadas de enormes espuelas; en hacer alarde de llevar el vestido roto, cuando el simple artesano se presenta aseado; en recorrer la ciudad cantando, cuando toda la gente decente está ya en la cama, y en frecuentar los cafés y embriagarse de cerveza y tabaco.

El estudiante por otra parte ningun influjo ejerce en el régimen universitario. La libertad de que goza el estudiante de estas universidades es comun á todos aquellos que se deciden á parecer ridículos y groseros; por lo demás, tiene que desapropiarse de su voluntad cuando se somete al código tiránico que rige á sus compañeros.

Sin embargo, esta esclavitud no dura mas que tres ó cuatro años. Cuando el estudiante ha concluido su carrera, entra otra vez en la clase de los filisteos ó paisanos, y vuelto al hogar doméstico, orilla sus preocupaciones y extravagancias, se despide tal vez para siempre de su espada, entra de nuevo en el carril ordinario de la vida comun, no se acuerda sino de ser útil á la sociedad y de imitar, en el desempeño de su profesion, el ejemplo y las virtudes de sus sencillos y honrados abuelos. Esta es la razon porque los gobiernos no deben alarmarse de la conducta que lleva mientras asiste á las aulas.

Los excesos á que se entregan los jóvenes en las universidades serian menos graves, si no gozaran de fuero privilegiado. En cuanto á lo criminal, el derecho de castigar pertenece á los tribunales ordinarios; pero en todos los demás casos, ningun estudiante puede ser citado sino delante del vice-rector ó del claustro.

Las penas correccionales para los cursantes son la multa, la expulsion y la detencion en la cárcel de la universidad; bien que yo no sé si en esta parte los profesores escuchan mas bien la voz del interés que les aconseja que usen de indulgencia con unos alumnos de quienes esperan una retribucion, que la del deber que les prescribe que desplieguen alguna severidad.

Pero lo que no admite duda, es que el estudiante se gloria de haber estado en la cárcel de la universidad, y este falso orgullo basta para alentar el desarreglo de costumbres.

Otro inconveniente: el vice-rector se muda cada seis meses, siguiéndose de aquí que los buenos resultados que ha obtenido un profesor con la vigilancia y firmeza que ha desplegado, se pierden á menudo por la indolencia ó flaqueza de su sucesor, ó de la comision académica que le asiste. ¿Será pues extraño que los estudiantes prefieran una jurisdiccion de esta naturaleza, sobre la que ejercen una influencia continua, á la accion de la policia ordinaria y á la jurisdiccion de los tribunales?

Y es preciso advertir que saben sacar todo el partido

posible de las ventajas que les ofrece su posicion, pues contra los profesores rígidos emplean los *afuera* y otros gritos de proscriccion, y á favor de los indulgentes los *vivas* y las serenatas.

Nada mas comun que el ver á un venerable doctor salir de entre sus *in-folios* con los ojos humedecidos de lágrimas y el sombrero en la mano, á dar las gracias á los jóvenes que están reunidos debajo de sus ventanas, por el inestimable honor que le hacen.

Los profesores andan sin duda muy acertados en preferir la blandura á la severidad y en considerar á sus discípulos como hijos que un padre debe castigar siempre con indulgencia; pero el efecto de las correcciones paternales es casi siempre harto limitado, y mas de una vez han salvado los estudiantes los límites, mas allá de los cuales es menester emplear el rigor.

Esta incertidumbre del catedrático es aciaga, sobre todo cuando se trata de convertir una cátedra en tribunal. Este peligro se ha dejado sentir en Gotinga, hace ya bastante tiempo; y por esto se ha agregado al claustro un síndico ó magistrado superior, ajeno á la universidad, encargado de celar la ejecucion de las leyes; y últimamente, habiendo parecido sospechosas á los soberanos alemanas las opiniones políticas de los profesores de las demás universidades, se ha creído prudente darles igualmente asesores y estrechar los límites de su jurisdiccion.

Otro inconveniente ofrece tambien la familiaridad de los profesores de Jena con sus discípulos, y es que menoscaba el respeto que les es debido. Ultimamente han formado una sociedad con el objeto de dar todos los domingos una reunion en el local de la Rosa de que ya hemos hablado.

Cada uno de ellos tiene la facultad de convidar algunos estudiantes ó paisanos; el fin que llevan en esto es conceder una distincion que lisonjee á los estudiantes de buena conducta, ó por lo menos pulir sus modales y acostumbrarlos á que se diviertan en sociedades decentes.

Dos veces al mes se dedica la velada á un concierto en que figuran los estudiantes, que casi todos son aficionados á algun instrumento y buenos músicos en general.

Los otros domingos, se toma té, se juega, se toca, se baila con piano, y á las nueve todo el mundo se retira. Nada mas frecuente los dias en que se baila, que ver al profesor de matemáticas ó de historia natural valsar con todo el vigor germánico, mientras que el de griego, *arbitrator elegantiarum*, queda no menos airoso en las complicadas figuras de la contradanza.

¿Quién podrá, ahora, en vista de esto, hablar de los sabios de la confederacion como de unos fastidiosos pedantes hundidos continuamente entre sus libros, cuando todos los domingos saltan y giran cual ligeras mariposas?

Los jóvenes admitidos en estas reuniones se presentan en general con despejo, y al mismo tiempo con circunspeccion por espacio de dos horas; pero dudo que esta prueba sea una leccion provechosa para ellos, y que acostumbrados á ver á sus profesores terciar en sus diversiones los domingos, les guarden el debido respeto los lunes.

Por otra parte, el número de los convidados es muy reducido, y mientras que treinta ó cuarenta jóvenes de distincion se esmeran en obsequiar á las señoras académicas, los tres ó cuatrocientos restantes celebran sus cínicas sesiones en los cafés.

(Se concluirá.)

La insurreccion de Creta.

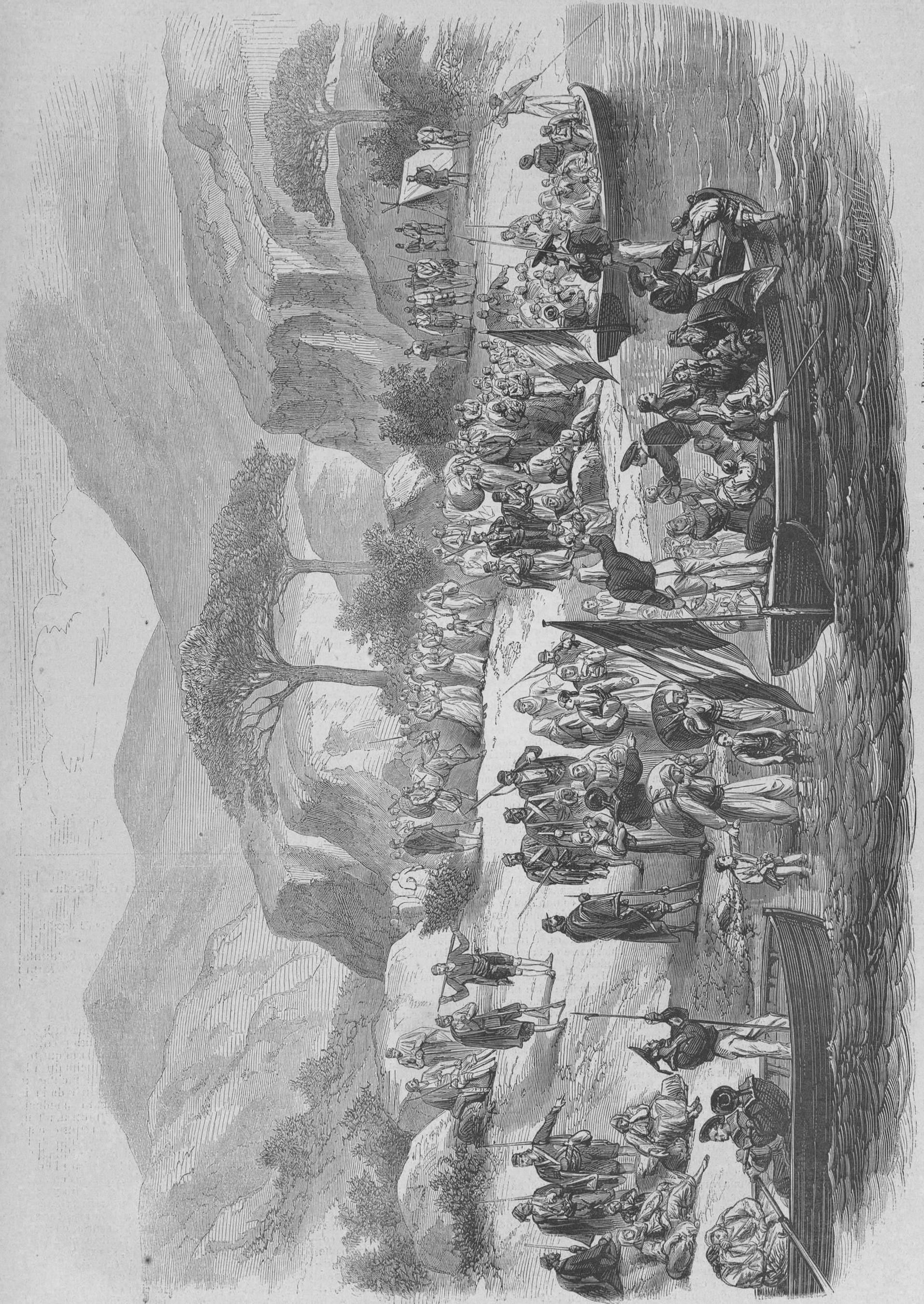
Suia (Creta) 1º de agosto.

El dibujo que acompaña á estas líneas representa una de las escenas conmovedoras que en la insurreccion de la Creta se han repetido bastante á menudo desde hace algunos meses.

Sabido es que la perseverancia de la lucha ha producido una doble corriente en el movimiento de la insurreccion. Por una parte, los comités de la Grecia incesantemente envian refuerzos, municiones y contingentes de voluntarios por los intrépidos vapores que todo el mundo conoce; mas por otra las peripecias de la lucha arrojan sobre las poblaciones tales desgracias y miserias, que á menudo es preciso hacer salir de la isla á los desdichados habitantes que la guerra ha reducido al último extremo. Los mismos buques turcos han transportado mas de una vez cretenses y voluntarios que se hallaban fuera de combate.

Una de estas escenas de expatriacion se halla figurada en mi dibujo, el cual representa los botes de la division del Levante embarcando familias cretenses en Suia. No insistiré sobre el carácter á la vez simpático y doloroso de este espectáculo, que demuestra hasta qué punto llega en estas poblaciones la idea de la resistencia y del sacrificio. La guerra de la independencia, en 1823, no produjo mas heroísmo. Lejos de abatirse con estos sacrificios el valor de las poblaciones, se exalta mas y mas, y todos dicen que los triunfos de Omer-bajá no tienen significacion alguna, pues si á veces hay derrota, nunca hay sumision, y esta obstinacion en la lucha es para la poblacion cristiana de la isla la señal de la emancipacion en un porvenir próximo.

E. S.



SUCESOS DE GRETA. — Mujeres y niños cretenses embarcados en Suia en los botes de la fragata francesa la *Renommée*.

Catástrofe en Burdeos.

Burdeos 14 de agosto de 1867.

El alcalde de Burdeos mandó publicar el sábado el siguiente aviso:

«ALCALDÍA DE BURDEOS.

» Una espantosa desgracia acaba de consternar á nuestra población. Ayer en la noche una cueva que contenía schisto y aceite de petróleo hizo explosión, y los restos lanzados á lo lejos hirieron á muchas personas: treinta y tres heridos, mas ó menos gravemente, se encuentran en el hospital de San Andrés, y otros muchos cuyo número no conocemos todavía, han sido trasladados á sus casas ó al hospital militar. Diez y ocho zapadores bomberos, dos tenientes y el comandante figuran entre las víctimas. Varios soldados del regimiento, diez municipales y algunos generosos ciudadanos han sufrido quemaduras ó mutilaciones.

» En tan dolorosas circunstancias, la administración municipal apela á la generosidad de sus conciudadanos, y con este fin, abre una suscripción en la secretaría de la alcaldía, donde se recibirán los donativos todos los días de once á cuatro.»

Este aviso da á conocer en pocas palabras toda la extensión del



BURDEOS. — Explosion de un almacen de petróleo en la noche del 9 al 10 de agosto.

po para volverse al piso bajo pidiendo momentos despues tuvo lugar la explosión que conmovió á todo el barrio.

Parece verosímil que cuando se abrió la cueva que sirve de depósito, el fuego se inflamaron súbitamente al que llevaban los hombres.

Mas de cincuenta personas quedaron ó menos gravedad, y de ellas ya habian muerto tres.

El rey y la reina de Portugal, don Juan y doña Isabel, dieron 5,000 francos para los heridos que pasaron en Burdeos, Don Luis fue el primero de los que habia en el hospital de San

Revista de P

La temperatura veraniega de que disfrutamos á mediados de agosto, — me acuerdo, dice el proverbio, — ha puesto en fuga á los parisienses que por fin han abandonado sus salidas y todas sus pompas para emprender una excursión á Dieppe, Baden, Spa y demás por la moda. Baden continúa siendo el más privilegiado. Las crónicas que allí se publican diariamente los nombres de los personajes y el programa de las diversiones y las peripecias que no han contribuido poco á la fama.

Mientras llega la época de las carreras de caballos, los conciertos y las reuniones de conversación constituyen el principal programa. Parece ser que la banda de los músicos de Baden alcanzó el primer premio en París, ha sido en estas noches pasadas un éxito extraordinario: en donde quiera que se presentara arrancará aplausos unánimes.

Pero ya lo hemos dicho: lo que en París atrae principalmente la atención es el juego. Entre las personas más asiduas en torno del tapete verde se observa este año, según dicen los cronistas, á una viuda joven y rica, de origen ruso y muy conocida en los altos círculos parisienses. Esta señora entra á las once en la sala y no se retira hasta que dan la voz de que se van á apagar las luces.

Añádese que la diversion le cuesta ya mas de cien mil francos; pero la fortuna que posee la hace mirar con indiferencia semejante pérdida.

A propósito de lances de juegos, hé aquí una anécdota que encontramos en las crónicas de la semana.

Hace algunos meses se celebraba en la iglesia rusa de París el casamiento de una joven rusa que además de todas las gracias de una belleza resplandeciente, llevaba á su esposo, secretario de la embajada rusa, un dote de mas de diez millones de francos.

Una vez que hubieron recibido la bendición nupcial, los novios emprendieron el viaje de ordenanza y se pusieron á recorrer el mundo, yendo de Roma á Venecia, de Palermo á Madrid, de Constantinopla á Viena, en suma, caminando á la voluntad de su capricho y haciendo cuanto estaba en su mano por alargar tan feliz y alegre viaje.

Después de haber visitado así la mayor parte de las grandes capitales, acabaron por llegar á una de esas estaciones termales donde el juego se halla en permanencia y vivieron en medio de tan febril atmósfera, sin verse atacados del contagio.

Ante sus ojos tenian efecto las escenas mas conmovedoras de ese flujo y reflujo incesante del oro, sobre la mesa de juego, sin experimentar la menor tentación de hacer allí lo que hacia todo el mundo. Verdad es que les importaban poquísimo unos cuantos billetes de mas ó de menos en su cartera: una cosa les ocupaba exclusivamente, y era el terreno cariñoso con que se amaban.

Dejaron pues Baden y Homburgo sin haber arrojado un florín al juego y continuaron su expedición visitando Niza y Monaco.

En este último punto, se encontraron otra vez con el juego.

La joven esposa, apoyada en el brazo de su marido consideraba tristemente la agitación de los jugadores, y su marido iba á arrancarla de semejante espectáculo, cuando dijo ella:

— ¿Por qué no juegas algunos luses?

— Porque en mí el juego ha sido un vicio, contestó el esposo, y no quiero volver á las andadas.

cimos? No solo la calle de la Roquette, sino todas las adyacentes se hallan completamente obstruidas de carruajes y gente de á pié, hombres, mujeres y niños. Veinte guardias municipales apenas bastan para introducir un poco de orden en esta muchedumbre, y facilitar la entrada de los carruajes en el portal de la casa.

El célebre curandero tiene un cuartito en el piso principal en el fondo del patio. A medida que los enfermos curados, ó diciendo que lo están, salen de la habitación del zuavo, resuenan frenéticos aplausos en la multitud que se encarama hasta en los tejados de los edificios. Las mujeres lloran y los chicos gritan, formando todo ello un cuadro verdaderamente indescriptible.

El periódico el *Figaro*, que ha tomado al zuavo bajo su protección, cuenta que un día de esta semana Jacob ha sido objeto de una ovación en el ferro-carril. Verdad es, añade con toda formalidad el chistoso diario, que esta vez Jacob acababa de sanar á un enfermo que no se podrá decir era un compadre, como se dice de muchos á quienes ha sanado en la calle de la Roquette.

Este enfermo es el mariscal Forey, que estaba en cama hacia cinco ó seis meses, á consecuencia de una hemiplexía.

El tratamiento que ha empleado Jacob en esta ocasión es el mismo de siempre, lo mas sencillo que puede imaginarse. Ordenó al mariscal que se levantara, y el mariscal se levantó y pudo bajar á dar una vuelta por el jardín.

Con mucho menos que esto que se dice y se repite por todas partes acerca del zuavo Jacob, se hace en breves días la fama de un hombre.

Pero esta clase de celebridades suelen encontrar en la ciencia un terrible obstáculo. El periódico la *Union medical* se ocupa de otra manera que el *Figaro* de los prodigios del zuavo.

« Todos los días, dice, mil doscientos ó mil quinientos paralíticos acuden á una casa de la calle de la Roquette para recibir una mirada, la simple mirada del inspirado, despues de la cual el hombre del prodigio exclama diciendo:

» — Levántate y anda.

» Y el paralítico echa á andar: ya está sano.»

Ahora bien, añade este periódico, como hace un mes por lo menos que el zuavo está operando estos 1,500 milagros por día, resulta que ha debido curar ya como unos 45,000 paralíticos. ¿Quién habria creído que en París habia tantos? Desde luego ya no debe quedar uno solo, y deben estar medio vacías las casas de incurables de ambos sexos.

Sobre este tono continúa el doctor Simplicio, firmante del artículo, quien cuenta de paso el siguiente chascarrillo:

cansancio en una butaca. Ese fué todo el resultado obtenido por el curandero. Lo que verdaderamente hizo el zuavo Jacob fué quitar al mariscal sus apoyos y obligarle, marchando á su lado para el caso de un accidente, á luchar contra una caída durante un instante, pues no merecen el nombre de marcha algunos pasos dados con gran trabajo para mantener el equilibrio. Despues que Jacob hubo salido, el mariscal volvió á tomar prudentemente su baston y su criado.»

Ya sabemos pues á qué atenarnos respecto del caso tan ponderado del mariscal Forey; pero M. Bidot no concluye aquí su carta, sino que niega rotundamente que Jacob haya sanado á nadie.

Jacob no cura ni puede curar á nadie, dice M. Bidot, por la razon de que todo su tratamiento consiste en decir: « Anda, yo quiero que andes.» Sobre los paralíticos cuyos miembros se hallan completamente entumecidos no puede nada, y así lo ha visto el autor de la carta que vamos extractando, el cual añade:

« Jacob levanta con mano vigorosa á los enfermos en los cuales comienza á volver el influjo nervioso, y obligándoles á hacer esfuerzos inauditos, obtiene de ellos un poco mas que lo que han conseguido hasta entonces. Este pequeño progreso, que de hecho se encuentra al estado latente en el enfermo, y que por la voluntad de Jacob viene á ser aparente, es lo que constituye lo que tantas personas llaman «el prodigio del zuavo.»

Hé ahí la historia completa del personaje que tanto da que hablar estos días en París; parécenos que con lo que va dicho basta y sobra para formar un juicio exacto.

Pasemos ahora á la Exposición universal, donde se ven trabajando actualmente unas máquinas tipográficas que tienden á disminuir el trabajo en la imprenta.

Hé aquí la descripción de estos curiosos aparatos: La máquina de componer pone á disposición del tipógrafo un aparato que le dispensa del manejo siempre minucioso de cada carácter, y que bajo su dirección inteligente forma las palabras, las frases, las líneas y las páginas que la máquina de imprimir ha de reunir en forma de periódicos y volúmenes de todas dimensiones.

En la máquina del señor Delcambre se ve á los caracteres tipográficos caer en unas canales que se hallan inmediatas á los depósitos de las diversas clases de letras y resbalar sobre un plano inclinado, yendo á colocarse en el sitio que deben ocupar en el componedor, siendo difícil, ó mejor dicho, imposible, que los caracteres tomen una posición contraria al sitio que deben ocupar.

El obrero se coloca delante de su máquina como un pianista delante del piano, y con los dedos pone en movimiento las teclas que corresponden á los diversos elementos tipográficos necesarios á la composicion.

Los caracteres descienden á un plano inclinado por medio de resortes, con los que apoyándose sobre las teclas, se les obliga á salir de los depósitos especiales en los que se hallan colocadas por superposicion. El empleo de este aparato permite dar á la composicion una rapidez tal, que ningun sistema de los conocidos hasta la actualidad se le aproxima.

El ajuste, ó mejor dicho, la division de la fila de palabras en líneas de la longitud que se desee, se hace con una parte de la máquina apropiada á este uso, y que realmente no es otra cosa que un aparato de los empleados comunmente. Formadas las líneas y colocadas ya en la forma, se someten como de costumbre á la máquina de imprimir. Despues de la tirada cada paquete de caracteres se lleva á la máquina de distribuir, y en la cual el obrero manipula en un sentido inverso al de la composicion, haciendo por procedimientos análogos y resbalando siempre las letras por las canales dispuestas sobre un plano inclinado, que los caracteres vuelvan á tomar su sitio en sus depósitos respectivos.

En cuanto á teatros continuamos en una ausencia completa de novedades. Por fortuna está ya próxima la apertura de los Italianos, y quiere decir que si no podemos hablar de nuevas producciones, podremos decir algo de nuevos cantantes.

MARIANO URRABIETA.

Manuel Ledesma

Poesía.

LA ESTRELLA DEL NORTE.

Quiero, niña, al concluir
Esta modesta lectura,
Darte una norma segura
Por la cual te has de regir.

Cuando en noche aterradora
Marcha ciego el caminante,
Solo anhela ver delante
Una estrella protectora.

En la marcha, niña bella,
Que en el mundo vas haciendo,
Mostrarte clara pretendo
Esa protectora estrella.

Quiera Dios que al percibir
Su celestial resplandor,
De un vivo fuego de amor
Sientas tu pecho latir.

Y que, siguiendo en el suelo
La huella que va marcando,
Vayas, niña, adelantando
Hasta encontrarte en el cielo.

Una herencia de dolores
Al venir al mundo hallamos,
Y solo espinas tocamos
Al ir á coger sus flores.

Entre suspiros nacemos,
Con mil pesares vivimos,
Y entre lágrimas morimos,
Cuando á la tierra volvemos.

Y no hay que buscar aquí
La limosna del consuelo;
Siempre sordo á ajeno duelo
Este mundo ingrato vi.

Si hallar quieres, hija mia,
En este mar la bonanza,
Deposita tu esperanza
En el seno de María.

Ella es la Estrella brillante
Que al mandar su luz al suelo,
Muestra la entrada del cielo
Al perdido caminante.

A los que el mar, hija mia,
De este mundo navegamos,

Si es que con fe la invocamos,
Estrella y Norte es María.

Signo es de paz y ventura
Este nombre á los mortales,
Remedio en todos sus males,
Y en sus trabajos, dulzura.

Si de inmundas tentaciones
Ves alzarse el huracan;
Si cruda guerra te dan
Tus hoy nacieses pasiones,

No temas; llama á María,
Y ante ese nombre sagrado,
Se disipará el nublado
Que te asustaba, hija mia.

Si de dolor y amargura
Lágrimas nublan tus ojos,
Póstrate, niña, de hinojos,
Y llama á esa Virgen pura.

Que de divino consuelo
Es manantial la Señora,
Y suele dar al que llora
Las bendiciones del cielo.

Si estás enferma, y sufrir
No puedes, niña, el dolor,
Llama á esa María de amor
Y la verás acudir.

Siempre que alguna afliccion
A oprimir venga tu pecho,
Busca refugio en el lecho
De su amante corazon.

De tus penas y alegría,
De tu dicha y tus dolores,
Como á Madre que es de amores,
Debes dar cuenta á María.

Que ese nombre virginal
No se aparte de tu boca;
Siempre al que con fe le invoca
Le libra de todo mal.

Pero no la devocion
De invocarle bastaria;
Has de tenerle, hija mia,
Grabado en el corazon.

¿Qué cosa hay, dime, mas bella,
Que amar con ardiente anhelo
A la que es Reina del cielo,
Y del mundo pura Estrella?

No hay nada que comparar
Podamos á su hermosura;
Todo en esa Virgen pura
Está convidando á amar.

Jesus, niña, es nuestro bien,
Nuestro Padre y Redentor;
Le amamos, mas con temor,
Porque es nuestro Juez tambien.

Pero ¿qué hay, dime, hija mia,
Mirándolo con fe pura,
Que no respire dulzura
En el amor de María?

Es nuestra Madre amorosa,
Es nuestro amparo y consuelo,
Y es en la mansion del cielo
Emperatriz poderosa.

Despues de Dios, hija mia,
Que es el solo Eterno y Santo,
Con su celestial encanto
Lo puede todo María.

Si en tu favor quiere estar,
¿A quién, niña, has de temer?
¿Y quién te podrá ofender,
Si ella te quiere amparar?

Si á su amante corazon
Te refugias, niña bella,
¿Cómo ha de llegar hasta Ella
En tu busca la afliccion?

Si quieres dulce alegría,
Si anhelas paz y ventura,
Siendo tú inocente y pura,
Lo hallarás todo en María.

Al nacer bella la aurora,
Cuando el sol cubre la tierra,
Cuando la noche se cierra,
Llama siempre á la Señora.

Con puro y constante amor
Ofrécela vida y alma,
Y Ella te dará la palma
Por tu inocencia y candor;

Y cubriéndote en el suelo
Con su manto soberano,
Te llevará de la mano
A ver á Jesus al cielo.

G. GONZALEZ MORENO.

El progreso en la condicion de la mujer.

Es ciertamente una necesidad imperiosa del movimiento civilizador, por medio del cual se está rehabilitando y perfeccionando el género humano, poner ya término á la triste condicion que obliga á las mujeres á ser madres de familia.

No es justo que el hombre pueda serlo todo, desde mozo de cordel hasta presidente del Consejo de ministros, y que la mujer no pueda salir de la triste condicion de hija de sus padres, de mujer de su marido ó de madre de sus hijos.

Es verdad que la naturaleza obedeciendo como una esclava los decretos de la Providencia ha establecido entre el hombre y la mujer una profunda diferencia; pero que podia pasar muy bien en la infancia de la humanidad, cuando los hombres no estaban bastante instruidos para poder sublevarse contra las leyes de la naturaleza, no es posible, desde el momento en que la ciencia humana ha conquistado el derecho de corregir la obra de Dios.

El mundo hasta ahora no ha sido mas que un ensayo de las leyes eternas que lo rigen, y hemos podido observar el excesivo lujo con que procede la naturaleza, y la economía política, ciencia enteramente nuestra, ha venido á confiarnos la manera de contener el mas grande de sus despilfarros.

La mujer; hé aquí un lujo que por espacio de tantos siglos se ha creído el hombre obligado á mantener.

Ella se nos presenta y nos exige como cosa que le pertenece una proteccion que hasta ahora nosotros no hemos sabido negarle.

¿Y en nombre de qué derecho pretende nuestra proteccion?

En nombre de un extraño derecho; en nombre de su debilidad.

¿Hemos de protegerla porque es débil?

¿Desde cuándo los débiles tienen derechos?

¿Acaso porque el hombre es fuerte se le ha condeñado á pasar por la tierra como un mozo de cordel encorvado bajo el peso de ese enorme fardo que se llama familia?

Ellas nos piden nuestra proteccion, nuestro respeto, y en cambio ¿qué nos dan?

Nos dan: hijos.

¿Será justo que á título de esposas, que á título de madres nos impongan la costosa obligacion de ampararlas y mantenerlas?

La mujer es un lujo, la familia una carga, ambas cosas demasiado antiguas para que pueda pasar por ellas eso que se llama economía moderna.

La mujer como esposa y como madre es cara, y el recurso es bien sencillo: no hay mas que trasformarla en hombre.

¿No es una inteligencia?

Pues que estudie.

¿No es una fuerza?

Pues que trabaje.

En una palabra, que se gane la vida en un taller, en una oficina, que sea médico, ingeniero, abogado, procurador, lo que quiera que sea, con tal que gane dinero.

Saquemos la mujer de la esclavitud que le impone su sexo, saquémosla de la triste condicion de ser madre de familia.

El matrimonio es un sacramento. Perfectamente, pero ¿por qué no hemos de convertir el sacramento en negocio?

La mujer es mujer, pero esta dificultad se resuelve educándola para hombre.

Bastante tiempo las hemos mantenido á título de madres de nuestros hijos, bastante tiempo las hemos considerado bajo el frívolo pretexto de que eran las dulces compañeras de nuestra vida.

Esos seres que parecen tan delicados, tan débiles, poseen el secreto de una fuerza inmensa; el amor, el cariño, la fe las hace invencibles, la virtud las hace fuertes.

Esos seres que parecen tan frívolos poseen el secreto de una ciencia profunda; la ternura las hace adivinar todo aquello que pueda ser agradable al que es objeto de su cariño.

Ellas solas entienden y hablan esa lengua sin gramática ni diccionario que hablan los niños cuando todavía no hablan.

Ellas disponen de una química infusa con la cual perfeccionan esa miel con que tantas veces dulcifican las amarguras de nuestra vida.

¿Dónde han aprendido esa filosofía práctica con que mantienen en el seno de la familia el orden fuera del cual no existe nada?

¿En qué escuela han adquirido esa extraña mecánica con que saben dirigir y manejar todos los pormenores de esa máquina íntima que se llama familia?

Si los niños pudieran hablar, es decir, si nosotros supiéramos entenderlos, ellos nos dirían que en ninguna parte duermen mejor que en el regazo de una mujer.

Todavía está abierta la Exposición de París, medio mundo la ha visitado lleno de asombro; pues bien, yo

pregunto al mundo entero: ¿habeis encontrado alguna cuna que pueda compararse con los brazos de una madre?

Sáquese pues esa poderosa aptitud que se llama mujer de la oscuridad de esa cárcel que se llama hogar doméstico, libérela de esa argolla que continuamente la sujeta á la esclavitud de la familia, sáquesela de la ominosa servidumbre del marido, emancipémosla del yugo de los hijos, quitémosle los frívolos cuidados de la casa, rompamos las cadenas del decoro, de la honestidad y del recato, derribemos en fin las cuatro paredes de la casa y plantémosla en medio del arroyo.

¿No dicen que la mujer es un tesoro? pues explotémoslo.

Saquémosla de esa triste condicion de la cual se han

mas bello que se ha hecho en este género, cada uno de sus pabellones, kioscos, invernáculos, aquariums y paterres era, como todo lo que se admiraba en otras partes, una obra de trabajo puro ó de trabajo artístico, un testimonio del genio humano apropiándose la naturaleza inerte ó animada, ya para reproducirla, ya para modificarla ó embellecerla, ya en fin, para aplicarla al bienestar de la vida, á las elevaciones de la inteligencia, y á los refinamientos de la civilización.

Empero, todo se había elegido aquí, al menos en apariencia, para que no ofreciera á la vista mas que el aspecto gracioso, fácil de comprender, accesible á todos, de esa lucha del entendimiento del hombre armado con la ciencia contra los elementos armados con sus misterios. Decimos en apariencia, porque en efecto ¿quién no

sabe que el descubrimiento de una gramínea, la trasplatación de un arbusto, la incubación de un molusco, la conservación de un zoofito atestiguan á veces mas voluntad, paciencia, saber y progreso consumado que la construcción de una máquina, el perfeccionamiento de un aparato, la invención de un procedimiento ó la ejecución de una obra maestra, industrial ó artística? Mas aquí, repetimos que el objeto final desaparecía ante el objeto actual, el interés general, ante la satisfacción individual, el resultado ante el objeto, la ciencia ante el espectáculo. Era y es aun el encanto perpétuo en la sencillez, la variación infinita sobre dos ó tres escalas siempre las mismas en cuanto al motivo, nunca en cuanto al acompañamiento.

Seguramente, no dejará de progresar la horticultura

porque falte una Exposición universal. Mas si las flores nos quedan, lo que tenemos que deplorar es la belleza, la elegancia, el aspecto, ora monumental y puro, ora aéreo y fantástico de esa colección de invernáculos de todos tamaños y temperatura, donde de mes en mes y á veces de semana en semana, ya por razon de concurso, ya á causa de la estación, cada clima, cada país, cada familia de vegetales han venido y vendrán todavía á aumentar maravillas indescriptibles.

Lo que no se reemplazará, lo que no se ve en ninguna otra parte, es ese gran invernáculo que se destaca en medio del parque, con su base de piedra calcárea, rodeado de aguas bulliciosas, menos cristalinas que su pórtico, y su gran nave interior que parece una selva virgen; en el centro los gigantescos arborecentes exó-



El pabellon de la Emperatriz.

EXPOSICION UNIVERSAL. — Vista tomada en el jardin reservado.

El gran invernáculo.

El aquarium de agua dulce.

emancipado en virtud del acto supremo de su voluntad soberana todas las mujeres.

Abranse para ellas todos los oficios, todas las profesiones y todas las industrias; concedámosles todos los derechos del hombre, y seamos lógicos, carguen tambien con la obligacion de entrar en quintas.

Todo está subvertido, y en esto consiste la verdadera y completa revolucion que hemos consumado.

Quedaba la familia flotando sobre este maremagnum de errores y locuras como el resto de un naufragio, y ya se ha puesto la mano sobre la mujer, centro del hogar doméstico.

Rotos los vínculos de la familia, la disolucion social es completa, y ese es el fin de la obra.

Así se camina.

El paganismo hizo á la mujer esclava, el cristianismo la hizo mujer, la hizo esposa, la hizo madre; la civilización moderna pretende hacerla hombre.

Tal es el progreso.

José SELGAS.

Exposicion universal de 1867.

INVERNÁCULOS, AQUARIUMS, PABELLON DE LA EMPERATRIZ.

Nuestras esperanzas se acabaron. El *Moniteur* ha fijado la fecha irrevocable en que esa maravilla de la

Exposicion universal que se llama el parque reservado debe desaparecer como todo lo restante. Unas cuantas semanas nos separan aun de esa implacable fecha del 31 de octubre que será el principio de la obra de demolición contra lo que esperaban los visionarios, los entusiastas y los artistas.

Ahora recordamos que se reprochaba á esta creación incomparable el que carecía de sombras y grandes árboles. ¿Y para qué? Nada habria sido mas fácil que plantar bosquecillos y dibujar alamedas cubiertas; pero esto era precisamente lo que no se quería. El parque reservado, segun la idea de sus autores, no era un paseo ni una especialidad distinta de la Exposición, sino que formaba parte integrante de ella, una parte viva, indispensable. Si el conjunto por su maravillosa disposicion realizaba lo

que ha valido el gran premio al editor-impresor de Mame, y nos deciamos que el amable y sabio autor del texto, M. Arturo Magin, habria podido escribir ahí un hermoso capítulo. La vista del jardin reservado nos inspira un sentimiento análogo; tambien M. Magin es el que ha escrito los *Misterios del Océano*, y únicamente su pluma habria podido hacer de los dos aquariums de agua salada y agua dulce, una descripción digna de estos dos prodigios de habilidad y de dificultad vencida.

Amoldar la ciencia hasta el punto de que venga á ser un objeto de curiosidad irresistible y una emocion febril, era ya mucho, aun para hombres del valor de MM. Alphand, Focillon y Hervé-Mangou; pero proponerse por problema y resolverle, el iniciar al publico, á sabios y á ignorantes, en la vida, costumbres, comba-

tes y evoluciones no solo de los peces de rio ó de estanque, sino aun de los huéspedes del Océano; mostrarlos en sus guaridas submarinas, en las anfractuosidades de sus rocas, en la penumbra de sus retiros, rodear esta exhibición, que parece un sueño de ilusiones y sorpresas, haciéndole á uno creer que desciende al fondo del mar, esto no se describe ni se analiza, es preciso verlo. Ahora bien, aquí reside á la vez la atracción mas original y mas intraducible de la Exposición, y el espectáculo mas extraordinario que la ciencia haya dado aun á nuestro siglo, el de la naturaleza sorprendida sobre el hecho.

No hablaremos ni del Diorama que no es mas que una puerilidad de feria, ni de dos ó tres construcciones sin valor; pero no dejaremos el parque reservado, sin sa-

los días pasados hojeábamos el magnífico libro *los Jardí-*

ludar una vez mas con admiracion simpática y profunda, el Pabellon, ó por mejor decir, el milagro de novedad, de frescura y buen gusto, dibujado, pintado, esculpido, colgado, amueblado é idealizado para S. M. la emperatriz por el mas artista de los adornistas parisenses, M. Penon. Esta es una obra de gusto y elegancia como se han visto pocas.
P. A. R.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Noticias de los lugares de la moda. — Los trajes blancos. — El vestido Margarita. — Trajes elegantes. — Coleccion de vestidos completos, que darán idea de las modas actuales en cuanto á vestidos, confecciones y sombreros. — Un traje Bismark. — Un nuevo capricho de la elegancia parisense: el amor al oro en los adornos de sombreros y vestidos. — Descripción del figurin de este número, que representa dos trajes elegantes.

Segun las noticias que nos llegan de Baden, Dieppe, Vichy, Biarritz y demás puntos donde hoy se lucen las modas, se llevan este año muchos vestidos blancos. Con efecto, nada mas bonito que un traje blanco de vestir; pero advertimos que todos estos vestidos llevan siempre una falda debajo que es de fular de rosa, azul, malva, etc.

El vestido llamado Margarita se corta al estilo imperio. Compónese de una sola pieza, falda y corselete, con carteras que tienen el corte de un pétalo de margarita silvestre muy largo, y cosidas las unas cerca de las otras. Cada cartera es lisa á voluntad, ó está cubierta de arriba abajo por un bordado al plumetis; un entredos de valenciennes guarnece estas carteras que forman repetidas en pequeño el corselete completado por arriba con muselina lisa hasta la escotadura, la cual lleva un cuello simulado por carteritas sueltas, como las del vestido.

Una valencienne guarnece el bajo; las carteras que forman la falda descansan sobre un trasparente de fular malva.

Mangas formadas con cinco carteras parecidas á las de la falda.

En otro vestido hay anchos entredos bordados, siempre guarnecidos de entredos de valencienne, que forman sobre un cuerpo alto por delante y por detrás un plastron del cual cae en escala un delantal de entredos, de anchuras graduadas, orlado de valencienne de 5 centímetros de altura.

Hay delantal por delante, por detrás y sobre las caderas.

En el bajo de esta falda, con costura al sesgo, hay un ancho dobladillo coronado con un rizado de cinta rosa que pasa por dentro.

Mangas de muselina lisa, abullonadas de arriba abajo, con lazos de color de rosa entre los bullones.

En cuanto á traje de vestir, citaré un hermosísimo vestido de faye malva matiz oscuro, guarnecido en el bajo de la falda, cortado al sesgo, por una franja de fleco paja, que traza anchas ondas redondas estilo lambrequin.

Cuerpo de faldeta formando tres ondas cortadas y orladas igualmente.

Mangas justas, guarnecidas por arriba y por abajo con fleco de paja.

Sombrero que forma toca, de crespon malva rodeado de lilas blancas y acompañado de barbas de crespon, orlado de blonda negra y blonda blanca.

Hé aquí ahora una coleccion de trajes completos que darán una idea de las modas actuales, tanto en vestidos como en confecciones y sombreros.

Hemos visto un traje de tafetan de mil rayas rosadas y blancas, guarnecido en el bajo de la falda por grupos de tres medias lunas; una triple ruche de tafetan rosa de tres matices, traza sobre este vestido el contorno de una túnica abierta por delante en forma de delantal.

Corselete rosa con rayas, orlado de ruches, con cuerpo interior blanco de anchos pliegues, separados por entredos de guipure, forrado de terciopelo negro.

Mangas casi justas, de raso, veladas con otras de muselina, entrecortadas de brazaletes de encaje, con guipure sobre terciopelo negro.

La confeccion es un pequeño paletó de fular blanco forma peplum, guarnecido de ruches color de rosa lisas, con mangas abiertas á lo largo, desde el hombro.

Una ligera ruche de tres matices guarnece esta abertura, que solo está cerrada con lazos como los de la falda.

Este paletó blanco debe estar bordado de diversos dibujos de estilo oriental, de raso rosa recortado.

Nada mas lindo que esta confeccion graciosa y elegante.

Un traje Bismark de dos matices, se compone de una primera falda, de color claro, guarnecido en el bajo con dos hileras de tafetan de color mas oscuro, plegada como una cinta formando cocas; en cada centro anillo de azabache.

El cuerpo tiene una faldeta-chal bastante larga por detrás para que caiga sobre la cola. Se corta de faye de color oscuro, y se rodea de encaje de Chantilly la faldeta-chal, que al rededor lleva de trecho en trecho algunos fruncidos sobre los cuales se pone un lazo de color claro. Este cuerpo es de dos colores; la parte alta que llega al escote es de color claro, y el resto, simulando corselete, es de color oscuro.

Sobre los hombros doble hilera de tafetan oscuro con anillos de azabache sobre los fruncidos.

Mangas justas de color claro, guarnecidas de dobles fruncidos de tafetan, como en el hombro.

Otro vestido es de faye malva con falda imperio, atravesada al sesgo por anchas bandas de faye violeta de desigual longitud hácia abajo.

Al borde del bajo de la falda hay ondas agudas con botones de tafetan de color claro.

Este vestido lleva un cuerpo de color claro con corselete simulado por rayas al sesgo de faye color oscuro, como el de la falda.

Mangas de color claro listadas á mitad de sesgo oscuro cruzándose encima del brazo: sobre cada cruzado botones lisos de color claro; los cabos de los cruzados se terminan con cequíes de azabache.

La confeccion correspondiente se compone de una rotunda pequeña de faye, color oscuro, guarnecida simplemente por una recortadura de ondas agudas, como la del bajo de la falda; á continuacion de esta recortadura se añade un encaje de Chantilly de 20 cent. de altura, fruncido de modo que puede replegarse al rededor de trecho en trecho, con lazos de tafetan de color claro.

El sombrero es un medio fanchon de tul malva, guarnecido por detrás con un velo mantilla, formado de barbas de tul sostenidas sobre el sombrero por un bandó de reinas margaritas de color oscuro.

Antes de pasar á la descripción de nuestro figurin, digamos cuatro palabras sobre el amor al oro que se ha desarrollado entre la elegancia parisense.

Con efecto, esta dorada pasion ha llegado á extenderse aun á las flores, y así es que no se fabrica una que no tenga sea en su caliz, sea á su lado, algunos vestigios del precioso metal.

¿Durará mucho esta moda? Lo ignoramos; pero lo que podemos afirmar, es que en el día se saca un gran partido de este capricho de la elegancia.

Así hemos visto deliciosos caprichos, ya para sombreros, ya para adornos de vestidos de baile.

Estos adornos son ligeros y delicados.

El oro, obedeciendo al despotismo de la moda, se mezcla en ellos con un gusto exquisito, y así no es de extrañar que haya obtenido tanta boga.

Concluamos con la descripción del figurin que acompaña á este número:

El primer traje es de faye de color verde, compuesto de dos faldas. La primera está guarnecida de una hilera de entredos de encaje negro, y la segunda, mas corta, lleva un volante de Chantilly al borde. Cuerpo alto con anchas mangas cuadradas y dobles mangas de encaje de Chantilly. En lo alto del cuerpo y sobre la falda, hácia el talle, se ve el mismo entredos. Cuello y mangas de encaje. Sombrero de capricho con el color adecuado al vestido. Cintas de tul gris. Guante de cabritilla.

El segundo traje, que sirve para pequeña reunion, es de color violado, y su guarnicion consiste en un fleco esponjoso. Cuerpo princesa adornado sobre el contorno con el fleco. Cinta dispuesta en anillos sobre el corpiño, en el hombro y en medio de la faldeta, de modo que forma largas puntas por detrás. Tocado compuesto de un lazo de cinta de color adecuado al del vestido. Guante de cabritilla.

M. P.

Artistas célebres.

(Continuacion.)

Así pues, mientras que la Italia se va cuajando de modelos concebidos con rapidez, y mas rápidamente ejecutados, los artistas franceses é ingleses consumen largos años en este doble objeto. La causa de esto consiste en que no ignoran que sus obras van á caer en manos de la crítica, monstruo desapiadado por lo mismo que es impotente.

Desde aquella época, la ralea de aquellos jueces de profesion ha tomado sobre la direccion de las nobles artes un ascendiente harto desastroso, de suerte que si los artistas no se unen para sacudir el yugo que tanto les pesa y humilla, el arte no podrá sobrevivir por mucho tiempo á la independencia del númen.

Lástima causa, por cierto, el ver que en nuestros días el renombre de los artistas está expuesto á la merced de algunos fátuos, á quienes no podría confiarse un pincel ni cincel alguno; y esto porque con solo su autoridad, se han dado estos nuevos Winkelmann el diploma de hombres de gusto.

La desgracia es que esta pedantería impertinente se convierte para algunos en oficio lucrativo en nuestro siglo de industria.

Flaxman contempló los modelos que tenia á la vista como escultor y como cristiano. Reparó que los artistas de Italia habian dedicado sus talentos al servicio de la Iglesia, de la cual eran ellos los verdaderos sacerdotes, y que sus tareas popularizaban las tradiciones que afianzan los errores y supersticiones de la plebe mas aun que las reliquias é imágenes.

Viendo al arte servir de esta suerte de auxiliar al error, concibió la idea de llamarlo al socorro de la verdad, y sensibilizar por este medio de la escultura las bellezas poéticas y morales de las sagradas escrituras.

Los innumerables dibujos que ha legado á la posteridad, que versan sobre materias religiosas, y un gran número de monumentos de escultura sagrada, no permiten poner en duda que dió á sus trabajos un impulso religioso. No cabia con todo en la fuerza humana extender el protestantismo á la poesia.

Estas composiciones bíblicas no estorbaron á Flaxman el dedicarse á otras tareas; pues en Roma ejecutó sus *Ilustraciones de Homero, de Esquiles y del Dante*.

La mayor parte de sus figuras parecen sacadas de los vasos griegos en sus primeros dibujos homéricos; pero mas confiado luego en su número, se atrevió á crear en vez de limitarse al papel de copiante. Por lo demás, él admiraba en gran manera los bajo-relieves de los vasos y sarcófagos antiguos, y creia que el artista moderno no podia sacar la ciencia é inspiracion de mejores fuentes. «La contemplacion de esos modelos, dice en sus *Lecciones sobre la escultura*, no solo inspira al ánimo nobles pensamientos, sino que lo lleva naturalmente á escoger en cualquier cosa la belleza, la elegancia y la sublimidad, y aun le inspira el asco de todo lo ruin y vulgar.» Fundado en este espíritu de libre imitacion, compuso su Homero. La *Iliada* contiene treinta y nueve dibujos, que, á excepción de dos, representan mujeres.

Flaxman ha sabido reunir mucha variedad y armonía en estas composiciones que se distinguen por un carácter de belleza grave, sencillo y natural. La forma está subordinada, pero no sacrificada á la expresion; el valor de los héroes no degenera en brutalidad, ni la gracia de las mujeres en molicie.

La *Odisea*, que solo comprende treinta y cuatro ilustraciones, es reparable por las mismas prendas, y mas especialmente por una dignidad doméstica que está perfectamente en armonía con el carácter de noble sencillez del segundo dechado de Homero.

Es lástima que en algunos de aquellos dibujos, Flaxman haya creído deber introducir ciertas figuras colosales, como el Briareo, Oto y Efialto, Polifemo, el rey y la reina de los Lestrigones, que no están proporcionados con los personajes que les rodean.

Por otra parte, no cabe nada mas repugnante que lo feo desarrollado en escala mayor. Todos estos disformes colosos no pueden compararse con el hombre. Poussin, sobre un objeto de igual naturaleza, ha dado pruebas de juicio.

Su *Polifemo ciego* no tiene otra medida que la montaña en que se apoya y las dilatadas llanuras que se extienden á sus piés. Sus rebaños y todos los pequeños objetos están lejos. Merced á este artificio, el pintor no ha pecado contra la analogía, que es la ley suprema de las bellas artes.

Estos dibujos fueron trabajados para mistress Hare Narley, al precio de quince chelines cada uno. Este pequeño salario era suficiente para el desinterés y modestia de Flaxman; pero el éxito le pagó mas de lo que pretendia. La fama le grangeó nuevos protectores mas generosos. Hácia esta misma época, trabajó, en mármol para Tomás Hoppe, un grupo de *Céfalo y la Aurora*, que es una de las mejores piezas de la magnífica coleccion de aquel rico aficionado.

La condesa Spencer habiéndole encargado las ilustraciones de *Esquiles* despues de Homero, penetró Flaxman con mucha felicidad el espíritu de aquel insigne poeta tan majestuoso y mas enérgico que el cantor de Aquiles.

Un protector menos feliz para nuestro artista fué el excéntrico Federico, cuarto conde Bristol, obispo de Derry. Empeñóse en representar en un grupo de cuatro figuras heróicas el *Furor de Atamas*, segun las *Metamorfosis* de Ovidio, por medio de seiscientas libras esterlinas.

Una obra semejante valia ya dos mil libras; pero él añadió de su bolsillo, sin contar el tiempo que gastó en esta insigne pieza de escultura, que actualmente adorna el castillo del *Conde-Obispo*, en Yackworth, en el condado de Suffolk.

Flaxman resolvió entonces restaurar el magnífico tronco del Vaticano, que se considera generalmente como fragmento de un Hércules. Entregóse á este trabajo ingrato y árduo con su acostumbrada actividad. Cuando abrió su gabinete, ofreció á los inteligentes dos figuras en lugar de una sola, Hércules y Onfalía. Sin embargo es preciso confesar que, en aquel grupo, las formas sobrehumanas de Hércules formaban un contraste algo chocante con la gracia femenina de la reina de Lidia.

Algun tiempo antes de su muerte, Flaxman destruyó aquella figura de yeso, porque le recordaba una gran temeridad y un éxito mediano; y no negaremos que los inteligentes lamentaban muy poco este sacrificio.

La tercera grande série de dibujos de Flaxman, las *Ilustraciones del Dante*, es debida al patrocinio del autor de *Atanasia*. En las de Homero, el artista se guiaba, además de los versos del poeta, por los monumentos de la antigüedad. Pero para el Dante no tenia los mismos recursos; pues el mármol no habia popularizado el tipo de sus héroes, y el modelo antiguo no podia aplicarse á los principios, á los poetas y á los guerreros de la edad media.

Pero á pesar de estas dificultades, Flaxman ha manifestado en su Dante mayor originalidad que en Homero, y si esta obra tiene menos celebridad, la culpa está en la inferioridad relativa del poema, cuyas bellezas solo están al alcance de un corto número de hombres de muy buen gusto; y no en el lápiz del artista, porque los jueces competentes en materia de antigüedad y de la edad media reconocen que, en esta doble lucha del di-

bujo y de la poesía, Flaxman se ha aproximado mucho al poeta de Florencia.

Durante una permanencia de siete años en Roma, Flaxman se familiarizó con todos los preceptos de su arte, y se aprovechó del gusto de los modelos que no ocultan á los artistas la vista de los tesoros que la naturaleza ha prodigado á la Italia. La afección nacional opone en Inglaterra un obstáculo insuperable al estudio de la naturaleza viva, bien así como los escrúpulos religiosos oponen grandes obstáculos al estudio de la naturaleza muerta. En Italia, las mujeres, gracias al ardor del clima, no tienen ni siquiera el miramiento que embargaba á la princesa Paulina cuando estaba en presencia de Canova. Esta felicidad, que no arguye contra las costumbres del país, es en gran manera favorable al arte.

Antes de su partida, Flaxman fué recibido miembro de las Academias de Florencia y de Carrara. El hombre del destino acababa de dar mas acá de los Alpes uno de aquellos golpes tremendos que hacen bambolear los reyes en sus tronos.

Flaxman, bien que tranquilo en su gabinete, no quiso aguardar en Roma al vencedor de Arcole y de Lodi. En su vejez, se complacía en referir que dos ó tres días antes de su partida, en una velada diplomática, el embajador de Francia mostraba con orgullo una medalla de Bonaparte.

— Hé aquí el héroe que derriba los tronos de la tierra y afianza la república.

Entonces clavando la vista en la medalla, dijo:

— Vuestro ciudadano Bonaparte es muy parecido á César-Augusto.

— ¡A un tirano! exclamó el francés; no lo creais; yo os aseguro que es muy diferente; pues es un héroe mozo y entusiasta que solo apetece la libertad y la igualdad.

¡Cándida profecía!

A su vuelta á Inglaterra, Flaxman encontró á Banks, Bacon y Nollekens en posesion del favor público. Sin embargo, durante su ausencia habia adquirido mucha reputacion, la cual fué coronada por el monumento del conde de Mansfield.

En esta magnífica composición, el escultor ha representado al Juez sentado, con la Sabiduría por una parte, y por la otra la Justicia; á sus piés se ve extendido el cuerpo de un jóven que en algunas descripciones pasa por una imagen de la muerte, pero que es un reo entregado por la Sabiduría en manos de la Justicia.

Mansfield es de carácter flemático, sencillo y severo; se ve sentado, solitario, sin pompa, sin pasion y sin orgullo; su mirada sosegada y penetrante protege la inocencia y hace estremecer el corazón del delincuente. La figura del reo es una feliz concepcion; ha perdido ya toda esperanza, y sus oidos sienten el ruido de la multitud que se agolpa para presenciar su paso á la eternidad. Este monumento fué pagado con 2,500 libras esterlinas (unos 12,000 pesos fuertes). A la vista de este modelo, el escultor Banks exclamó:

— Este hombre tan pequeño nos puja á todos nosotros.

Mientras se dedicaba Flaxman á aquella grande obra, ocupábase al mismo tiempo en un trabajo de fantasía destinado á dar un testimonio á su esposa del reconocimiento que le inspiraban su amor y su ternura.

Mandó hacer un album en cuarto, cuyas hojas llenó de dibujos hechos con la pluma y con el pincel. La portada presenta, bajo una alegoría ingeniosa, la imagen de su felicidad doméstica; los dibujos siguientes, que son en número de cuarenta, representan, con las *Aventuras de un caballero andante, las pruebas de la Virtud y las lides que el Vicio sostiene con el alma del hombre*; y terminan con el *Triunfo del héroe, que se estrecha con la Fe, con la Esperanza y con la Caridad*.

En la invencion hay mucha dignidad poética, pero mas especialmente aun en la ejecucion de este pequeño poema pintoresco. Publicar esta alegoría seria sin disputa hacer á las artes un importante servicio.

Los triunfos de Flaxman dieron á entender á la Academia que el desgraciado rival de Engleheart, declarado por Reynold poéticamente muerto á causa del casamiento, podia difundir muchas luces á la ilustre compañía, á pesar de todos sus antecedentes; pero con dificultad se pudo recabar de Flaxman que inscribiera su nombre en la lista de los candidatos con el título de socio.

Esto acontecia en 1797, en el año mismo en que expuso tres proyectos de bajo-relieves sacados del Nuevo Testamento, al mismo tiempo que el monumento de William Jones, que actualmente se encuentra en la capilla de Oxford, y que consiste en un bajo-relieve donde está representado aquel célebre orientalista, con algunos verdaderos brahmanes, ocupado en ordenar el código hindu.

Flaxman estaba lejos de sobresalir en las obras de este género; su cincel no sabia dar gracia á los trajes ni á la fisonomía moderna.

Tenia Flaxman cuarenta y cinco años, cuando fué nombrado miembro de la Academia real. Las leyes de este instituto obligan al pretendiente á presentar alguna pieza trabajada por sus propias manos. Ese uso contribuye á enriquecer la galería de cuadros y estatuas perteneciente á la Academia.

Flaxman de consiguiente presentó un grupo que representaba Apolo y Marpesa, cuya disposicion es por cierto muy feliz; bien que en cuanto al trabajo material nunca sobresalió Flaxman en manejar el cincel.

La verdadera vocacion del número de Flaxman consistia en lo ideal. Cuando se trató de construir una co-

lumna naval en honor de las victorias de Nelson, Flaxman se anticipó en presentar el proyecto de una estatua de la Gran Bretaña, de doscientos piés de altura, que debia colocarse en la cima de Greenwich.

En apoyo de su proyecto, publicó una Memoria en la que probaba, con ejemplares de la antigüedad y de la historia moderna, la importancia nacional de un monumento semejante, y á esta Memoria acompañaba el bosquejo del coloso que meditaba.

Sin embargo, como los trabajos que no ofrecen alguna ventaja material ó algun provecho seguro, son acogidos entre los ingleses como desvario de algun visionario, la comision que se reunió con este objeto celebró un opiparo banquete, segun acostumbra, y desechó el plan del artista, aunque reconoció cuán honroso seria al escultor y á la nacion la ejecucion de semejante proyecto.

Flaxman tuvo que sufrir la sátiras de muchos, bien que le hicieron muy poca mella, porque las mas se referian á la pequenez de su talla, en lo cual no tenia él culpa alguna, y por otra parte porque no alcanzaba por qué razon le ha de estar vedado á un hombre pequeño el concebir ideas grandiosas.

Por lo demás este proyecto, cuya grandeza era por cierto muy exagerada, no es tan ridículo como el de aquel que proponia construir una pequeña columna de mil libras esterlinas poco mas ó menos, dedicada á inmortalizar uno de los mayores acontecimientos de la historia moderna. Este proyecto burlesco de un hombre de bien indica el grado á que llegarian las nobles artes bajo el imperio del interés *bien entendido*.

Cuando la paz de Amiens abrió la Francia á todos los viajeros, Flaxman visitó París y fué á ver, con la multitud de sus conciudadanos, la inmensa galería del Louvre, que á la sazón contenia los mas ricos tesoros de la pintura y escultura.

Flaxman, que veia en la persona del cónsul Bonaparte un irreconciliable enemigo de la Inglaterra, respondiéndole muy cortésmente á las proposiciones que se le hicieron, rehusó constantemente presentarse al emperador.

La cortesía del pintor David le embarazó mucho mas, pues, por razon de ser regicida y ateo, el artista jacobino debia inspirar viva antipatia al escultor. Flaxman, religioso hasta al misticismo, sensible hasta la molicie, veia con cierto terror al pintor que escogió la muerte de Marat para uno de sus modelos.

La vista de París, en aquella época de gloria, de incredulidad y perversas costumbres, conmovió en gran manera á nuestro viajero en sus sentimientos de patriotismo, de religion y pureza moral, y de consiguiente marchó á Londres con una impresion muy poco favorable.

El misticismo religioso engendra muy á menudo la melancolía, y aun hace despreciar la vida á los que se preocupan con sus falaces visiones.

Flaxman, aunque llevado de la ternura y sensibilidad de su alma, se alistó entre los partidarios de Swedenborg, y no desdeñaba la tierra para volar al cielo. Pasaba las veladas de invierno componiendo algunas historietas en prosa ó verso, con dibujos en los lances mas importantes, para complacer á su esposa, de suerte que el trato de la vida era para él un recreo inocente y divertido.

Estas fruslerías daban libre vado á su imaginacion, y venian á ser un solaz de las tareas serias y sublimes ideas del dia. La mayor parte de estos chistes no sobrevivian á las circunstancias que los engendraban; pero uno de ellos, *the Casket*, se ha conservado y da una idea de aquellas curiosas composiciones; consiste en una epopeya chistosa, compuesta con motivo de una cajita que Flaxman compró para su mujer y su hermana.

Este pequeño poema heroico-cómico se compone de unos diez dibujos donde se representan la genealogía y aventuras de esta cajita maravillosa que destruye todas las potencias del cielo y del infierno antes de llegar á Inglaterra, donde el genio de la Gran Bretaña lo acoge con una dulce sonrisa. Flaxman decia con Horacio:

Dulce est desipere in loco.

Hacia esta misma época, Flaxman compuso un gran número de obras que aumentaron su reputacion y su fortuna. Los objetos de que trataba con mas placer eran sacados de la Biblia, y no desperdiciaba ocasion alguna para trabajar para los templos que pagaban con muy poca generosidad sus modelos; bien que no era el dinero el objeto de su trabajo.

La fortuna le sobrevino de repente, sin que él la buscase, pues la India, la Italia, la Escocia, la Irlanda y ambas Américas le pidieron estatuas y bajo-relieves. El reino de Tanjora rindió sus homenajes al número de nuestro artista, el rajah le hizo trabajar su estatua y un monumento dedicado al misionero Schwartz.

Ambas piezas llegaron á su destino, y el obispo Heber habla de ellas con elogio en sus interesantes Memorias. Tambien hizo para la Compañía de las Indias dos monumentos en honor del lord Cornwallis, un busto de Warren Hasting y una estatua del marqués Hastings.

Parece que en estas piezas no salió perdiendo el artista, como con el *Furor de Atamas*, porque Flaxman gustaba de hablar de los nobles procederes de la Compañía, y reconocer la liberalidad y cortesía de aquellos mercaderes legisladores y conquistadores. Las estatuas de Reynolds, de sir John Moore y de Pitt son igualmente hijas de esta época.

En 1810, la Academia real instituyó, no sin oposicion, un curso de escultura, que encargó á Flaxman, despues

de haberlo meditado mucho tiempo, con una cantidad muy corta para seis lecciones anuales; pero no por esto se entibió el celo del profesor. Su primera leccion, dada en 1811, llamó en gran manera la atencion de los académicos, de los discípulos y demás apasionados á las nobles artes.

A su entrada fué saludado con un aplauso general: sus trabajos y su reputacion le grangeaban una atencion respetuosa, al paso que su sencillez, la gravedad de sus modales y la dulzura de su voz le daban sumo ascendiente sobre su numeroso auditorio. Sin embargo parece que, segun el chiste de Fuseli, este célebre artista contaba poco con el éxito de su colega.

Se refiere que en un banquete celebrado entre amigos, se levantó atropelladamente, y despues de haber llamado un momento, exclamó con voz de trueno:

— Adios, amigos; adios, generosos vinos; adios, pensamientos; os dejo para ir á oír el primer sermón recitado por el reverendo John Flaxman.

Estas lecciones, que son en número de diez, versan sobre los objetos siguientes: escultura inglesa, escultura egipcia, escultura griega, ciencia, belleza, composicion, estilo, vestidura, arte antiguo, arte moderno.

A la manera de las composiciones literarias, estas lecciones exponen sencilla y completamente la historia y los progresos del arte entre los antiguos y modernos, abundan en ideas sanas, en observaciones juiciosas y en preceptos que únicamente la práctica del arte puede descubrir.

Su estilo es algo grosero, y fuerza es confesar que en vano se buscarian en él elocuencia y energía, bien que son destinadas mas bien para instruir que para excitar el entusiasmo de los oyentes. El poeta Campbell elogia en gran manera la moderacion del estilo de Flaxman y lo encuentra muy adecuado á los objetos didácticos, y aun añade que para las grandes obras que nos distinguen los grandes hombres, la imaginacion es como una heredera codiciosa, supuesto que el legado es siempre inferior á las esperanzas que infunde.

A mas de tales lecciones, Flaxman ha dejado un gran número de escritos, la mayor parte anónimos, pero que llevan todos el sello de su talento sencillo, fácil y natural.

A él se deben un aprecio de las obras de Romney, insertado en la vida de este pintor, por Hayley; los artículos *Armadura, Bajo-relieve, Belleza, Bronce, Busto, Composicion y Ceres* en la *Enciclopedia* de Rees.

El estudio profundo de la escultura gótica le fué de mucha utilidad para tratar de la armadura. Otros críticos le han superado en la riqueza del lenguaje, la energía y el brillo de la locucion; pero nadie le ha igualado en la expresion de la casta y austera dignidad del arte.

Aunque cabe tildar de frialdad la pluma de Flaxman, no así su pincel ni su cincel. Todos sus bosquejos y dibujos prueban una riqueza y energía de imaginacion prodigiosas.

La enumeracion de estos dibujos llenaria muchas páginas, y se necesitaria un volumen á lo menos para hacer una descripcion sucinta.

Entre sus *Ilustraciones del Pilgrim's Progress*, hay algunas que igualan en sencillez las mejores páginas de esta novela religiosa, y otras que la pujan en gracia y primor. Otro tanto puede decirse de los dibujos que compuso para la traduccion del *Oberon* por Southey; pero en su *Hesiodo* se ven desplegados todos los recursos de su imaginacion.

(Se concluirá.)

Ferro-carril de Vitré á Fougères

(FRANCIA.)

Hace algunas semanas hablamos aquí de la inauguracion del ferro-carril departamental de Glos Montfort á Pont-Audemer. La Bretaña no se ha querido quedar atrás de la Normandía, su opulenta vecina, y el domingo próximo inaugura á su vez su primer camino de hierro de interés local, el que atravesando del Sur al Norte el departamento de Ille-et-Vilaine, parte de Fougères, para empalmar en Vitré con la línea de París á Brest, y por consiguiente, con la red del Oeste.

Construido en todo su trayecto al nivel de un terreno llano, el ferro-carril de Pont-Audemer no presentaba nada curioso que observar bajo el concepto de la construccion; mas notable por su extension, que es de 37 kilómetros, el camino de hierro de Vitré á Fougères se distingue además por la importancia de sus obras de arte, en número de cincuenta y tres principales, y de las cuales la mas considerable es un viaducto de granito de 115 metros de largo sobre 20 de alto, que atraviesa el valle de Vilaine. No obstante las numerosas causas de elevacion que ha tenido el coste, y á despecho de las dificultades de toda clase que ha encontrado el trazado en este accidentado país, el nuevo ferro-carril concluido en menos de trece meses, solo ha exigido 67,500 francos por kilómetro, contando las vías, las estaciones y el material de servicio. Los ferro-carriles de Alsacia, citados á menudo por su baratura, salen á 115,000 francos por kilómetro: esta comparacion basta para que mediten los hombres especiales.

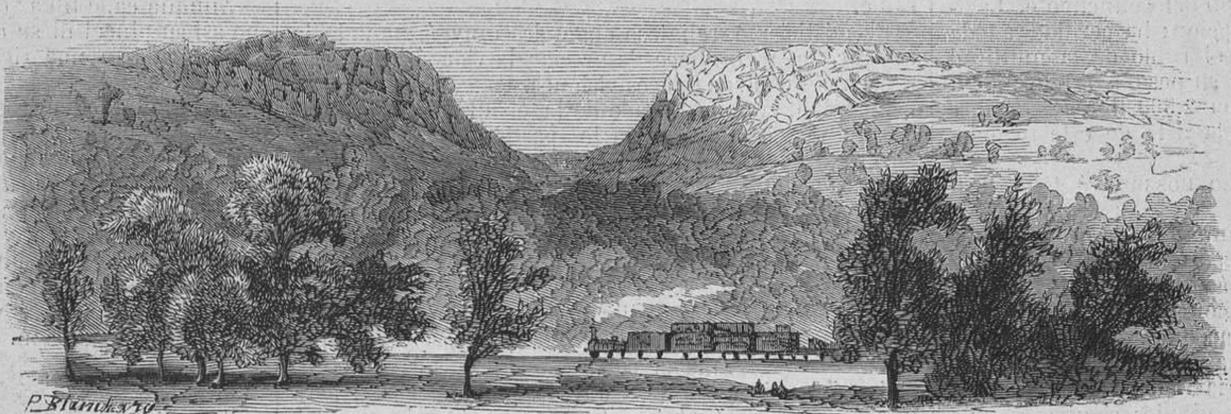
Apresurémonos á decir que si el talento y la experiencia de M. Debaugé, ingeniero de los ferro-carriles de Orleans y del Mediodía, y de M. Mazade, que le secundaba, entran por mucho en tan brillante resultado, el honor de la empresa corresponde sobre todo á la administracion sabia é ilustrada de M. de Dal-



FRANCIA. — Ferro-carril de Vitré á Fougères : Viaducto de Vilaine, cerca de Vitré.

mas, diputado por los distritos de Fougères y de Vitré, ayudado por el baron de Borde-Chalendray, que se asoció á la obra con empeño.

Despues de haber obtenido la concesion de la nueva linea, con solo la subvencion de 150,000 francos, dada por Fougères, y de 45,000 francos por el departamento de Ille-et-Vilaine, M. de Dalmas formó una sociedad anónima que le dió la



El salto de Roldan entre Chatillon y Fougères.

presidencia, y en el mismo pais reunió la cantidad necesaria para emprender las obras. Nos ha parecido oportuno é interesante dar estos pormenores. Los grabados contenidos en esta página representan algunos de los principales puntos del trayecto. Daremos los restantes la semana próxima, acompañándolos con la descripcion de la linea y con el pintoresco pais que atraviesa.

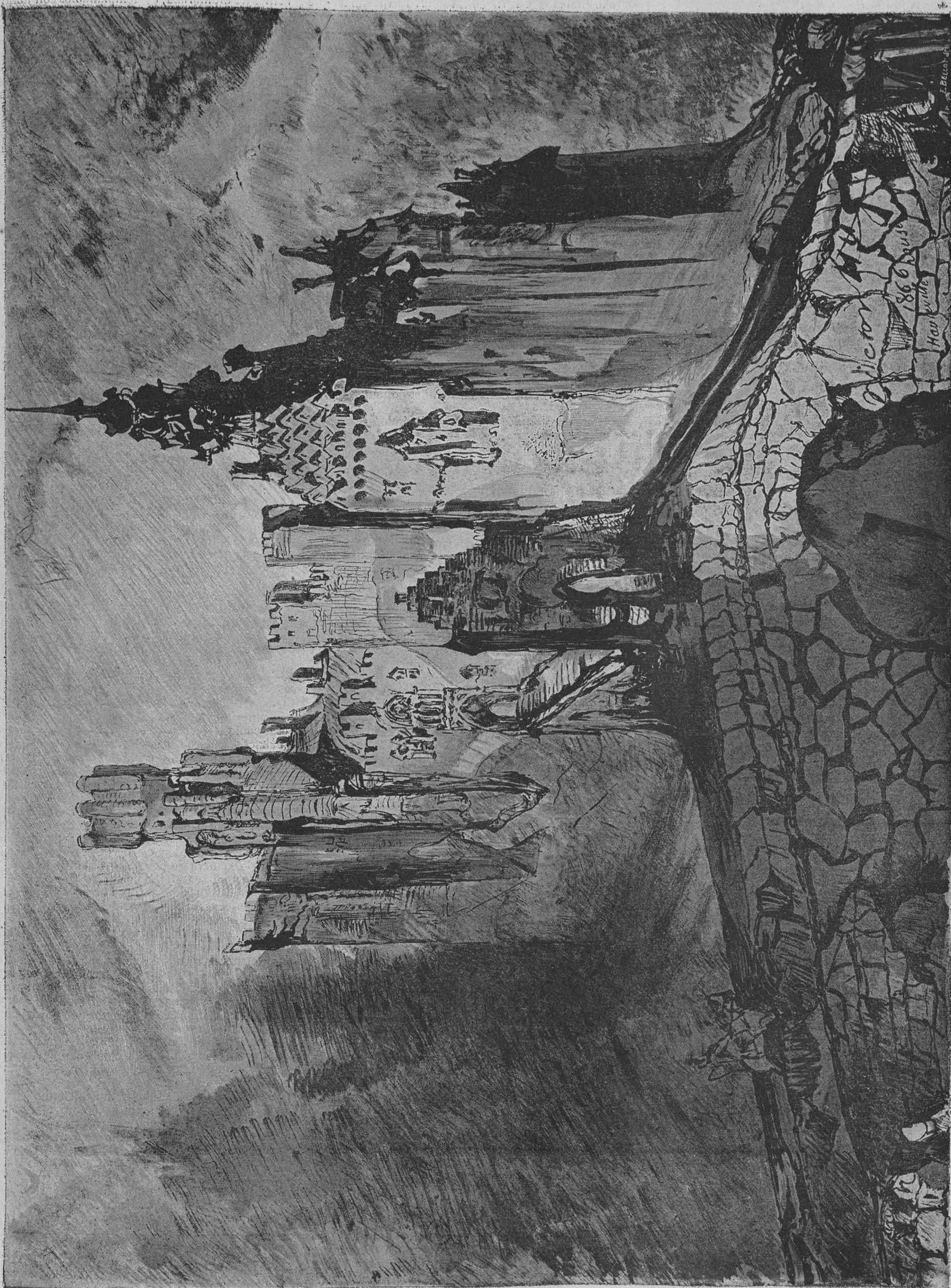
M. L.



Una calle de Vitré.



El castillo de Vitré, visto por la parte Sur.



El castillo de Ruy Gomez, dibujo de Victor Hugo. — (Véase el artículo en la página 176).

Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— ¡Oh! no, replicó Rosa con viveza; vos no, querida tía.

— No, dijo la señora Maylie con voz conmovida; mis días tocan á su fin, y Dios tenga piedad de mí como yo de los otros. ¿Qué puedo hacer para salvarle, doctor?

— Dejadme reflexionar un poco, señora, dejadme reflexionar.

El señor Osborne comenzó á pasearse por la habitación con las manos en los bolsillos, deteniéndose de vez en cuando y frunciendo las cejas. Despues de haber exclamado varias veces:

— ¡Ya dí con ello! ¡No, no es eso!

Detúvose al fin, y habló en estos términos:

— Creo que si me dais completa autorizacion para entenderme con Giles y ese tunante de Britles, conseguiré arreglar el negocio. Ya sé que el primero es un antiguo y fiel servidor; pero ya podreis resarcirle por mil medios y recompensar de otro modo su destreza en la pistola. ¿Os oponéis?

— No, dijo la señora Maylie, no me opongo; puesto que ese sea el único medio de salvar al chico.

— No hay otro, repuso el doctor; creedme bajo mi palabra.

— Mi tía os da plenos poderes, dijo Rosa sonriendo á pesar de sus lágrimas; pero yo os ruego que no tratéis á esos fieles criados con mas dureza de la necesaria.

— Creo, señorita, contestó el doctor, que se os figura que hoy todo el mundo menos vos está inclinado á la dureza. Lo único que deseo es que cuando un jóven digno de vos implore vuestra compasion, encuentre como ahora disposiciones tiernas y benévolas. Mucho siento, en verdad, no ser jóven para aprovechar la ocasion de ponerlas á prueba.

— Sois tan niño como Britles, dijo Rosa ruborizándose.

— ¡Bah! dijo el doctor riéndose, no es difícil que así sea; pero volvamos á nuestro herido, porque aun debemos estipular una condicion. Segun calculo, se despertará dentro de una hora, poco mas ó menos, y aun cuando he dicho á ese imbécil de constable que el muchacho no puede moverse ni hablar sin peligro de su vida, me parece que podremos conversar con él sin ningun inconveniente. Ahora voy á poner una condicion: yo le examinaré á vuestra presencia, y si segun sus contestaciones, juzgamos que está completamente pervertido, lo cual es muy probable, le abandonaremos á su destino; y yo no me mezclaré ya en nada, suceda lo que quiera.

— ¡Oh, no, tía mia! dijo Rosa con acento suplicante.

— ¡Oh, sí, tía mia! dijo el doctor; vamos, ¿está convenido?

— No puede estar endurecido en el vicio, es imposible; dijo Rosa.

— Muy bien, dijo el doctor; entonces, razon de mas para aceptar mi proposicion.

Por fin, cerróse el pacto, y las partes contratantes se sentaron, aguardando con impaciencia á que se despertase Oliverio.

La paciencia de las señoras tuvo que someterse á una prueba mas larga de lo que creian, pues á despecho de las previsiones del doctor, trascurrieron varias horas y Oliverio seguía profundamente dormido.

Era ya muy tarde cuando el buen Osborne fué á decirles que el muchacho estaba bastante despierto para que se pudiese hablar con él.

— Sufre mucho, dijo el doctor, y está debilitado por la pérdida de sangre de su herida; pero parece preocuparle tanto el deseo de revelar alguna cosa, que prefiero descender mas bien que insistir, como lo hubiera hecho á no mediar esta circunstancia, para que estuviese quieto hasta mañana.

La conversacion fué larga, y Oliverio contó toda su historia, aunque su estado de debilidad y sufrimiento le obligó á interrumpir con frecuencia su narracion.

El escuchar la débil voz de aquel pobre muchacho herido, que referia la prolongada serie de desgracias y sufrimientos que le habian hecho experimentar hombres crueles, tenia algo de solemne. ¡Oh! si al agobiar á nuestros semejantes reflexionáramos en los fatales errores de la justicia humana, y en las iniquidades que claman venganza al cielo y atraen pronto ó tarde el castigo sobre nuestras cabezas; si pudiéramos oír la voz de tantas víctimas elevarse desde el fondo de las tumbas, voz lastimera que ningun poder humano puede obligar al silencio, ¿ofrecería el mundo todos los días tantos ejemplos de injusticia y de violencia, tanta miseria y crueldades?

Aquella noche fué la mano de una mujer la que cuidó á Oliverio; la hermosura y la virtud velaron su sueño, y sintióse tan feliz, que hubiera muerto sin quejarse.

Quando hubo terminado aquella tierna conversacion, y se disponia Oliverio á dormir, el doctor se enjugó los ojos, y bajó para entenderse con Giles. No encontrando á nadie en la habitación, parecióle que era quizás me-

jor comenzar las hostilidades en plena cocina, y que esto seria de mas efecto. En consecuencia, dirigióse á la cocina, verdadera cámara de sesiones de la clase doméstica, y allí encontró reunidos á Giles, Britles, el constable y el calderero, que en recompensa de sus buenos servicios habia sido invitado á comer. El constable, que era un hombre muy grueso, tenia en la mano un fuerte baston, calzaba unas botas muy recias, y parecia haber bebido una gran cantidad de cerveza.

Los sucesos de la noche eran el objeto de la conversacion; el señor Giles hablaba con placer de la presencia de ánimo de que habia dado pruebas, y Britles, con un jarro de cerveza en la mano, apoyaba todas las palabras de su jefe en el momento de entrar el doctor.

— No os incomodeis, dijo este, haciendo una señal con la mano.

— Gracias, caballero, dijo Giles; la señora me ha mandado repartir cerveza, y como no estaba dispuesto á permanecer solo en mi cuarto, he venido á reunirme con los demás.

Britles y todos los concurrentes manifestaron con un murmullo de aprobacion cuánto agradecian al señor Giles su condescendencia, y este paseando á su alrededor una mirada protectora, parecia querer decir que mientras la sociedad se condujera bien, no la abandonaría.

— ¿Cómo está el herido? preguntó Giles.

— No muy bien, contestó el doctor; temo que os hayais metido en un mal negocio, señor Giles.

— Espero que no se morirá, repuso Giles temblando; si lo creyese así, no me consolaría nunca. No quisiera por nada del mundo ser causa de la muerte de un niño.

— Esa no es la cuestion, dijo el doctor con aire misterioso. ¿Sois protestante, señor Giles?

— Sin duda, caballero, balbuceó Giles poniéndose muy pálido.

— ¿Y vos? preguntó el doctor dirigiéndose á Britles con aspecto severo.

— ¡Dios mio! señor, replicó Britles irguiéndose con ligereza; yo soy lo que el señor Giles.

— ¡Pues bien! entonces contestadme ambos, repuso el doctor con acento de enojo. ¿Podreis asegurar bajo juramento que el muchacho que está arriba es el mismo que pasó anoche por la ventanilla? Vamos, respondedme, ya os escuchó.

El doctor, cuya dulzura de carácter era universalmente conocida, hizo aquella pregunta con un tono tan irritado, que Giles y Britles, aturridos con la cerveza y el calor de la conversacion, se miraron uno á otro mudos y estupefactos.

— Constable, escuchad lo que contestan, dijo el doctor; dentro de poco veremos lo que resulta.

El constable, afectando el aire mas magistral que pudo, empuñó el baston, insignia de sus funciones.

— Observad que es una simple pregunta de identidad, dijo el doctor.

— Así es, señor, replicó el constable tosiendo con fuerza; pues en su precipitacion por concluir pronto se le habia atragantado la cerveza.

— Ved aquí una casa que asaltan, continuó el doctor... Sorprendidos por el ataque, dos hombres entreven un chico en la oscuridad y á través del humo de la pólvora. Al día siguiente se presenta un muchacho en la misma casa, y porque tiene el brazo vendado, aquellos hombres se apoderan de él con violencia y ponen su vida en grave peligro, jurando despues que es el ladrón. Ahora falta saber si los hechos están en su favor, ó en caso contrario, en qué situacion se colocan.

— Ese es el punto de la cuestion, dijo el constable haciendo un movimiento de cabeza respetuoso.

— Os lo vuelvo á preguntar, gritó el doctor con voz de trueno; ¿podeis afirmar solemnemente con juramento la identidad del muchacho?

Britles y Giles se miraron con aire indeciso; el constable puso la mano detrás de su oreja para oír mejor la respuesta; las dos criadas y el calderero se inclinaron tambien para escuchar, y el doctor dirigió á todos una mirada penetrante, cuando se oyó llamar á la puerta, y al mismo tiempo el ruido de un coche.

— ¡Hé ahí la policía! gritó Britles viéndose libre por aquel incidente imprevisto.

— ¿Qué policía? preguntó el doctor, turbado á su vez.

— Los agentes de Bow-street, añadió Britles tomando una luz; el señor Giles y yo dimos esta mañana orden para que vinieran.

— ¡Cómo! exclamó el doctor.

— Sí, señor, dijo Giles; envié un recado con la diligencia, y ya me extrañaba que no hubiesen venido.

— ¡Ah! ¿habeis escrito? ¡Al diablo con las diligencias! murmuró el doctor marchándose.

XXXI.

— ¿Quién es? preguntó Britles, entreabriendo la puerta sin quitar la cadena, y poniendo la mano delante de la luz para ver mejor.

— Abrid, contestó una voz; son los oficiales de policía de Bow-street, á quienes han enviado á buscar esta mañana.

Asegurado con estas palabras, Britles abrió la puerta de par en par y hallóse enfrente de un hombre de aspecto majestuoso que llevaba un gran leviton, y el cual entrando sin decir una palabra, fué á limpiarse los pies en el ruedo con tanta franqueza como si hubiera estado en su casa.

— Enviad inmediatamente á cualquiera para que ayu-

de á mi compañero, que guarda el coche; ¿teneis alguna cuadra para ponerle allí por algunos minutos?

Britles contestó afirmativamente, señalando con el dedo la cochera, y entonces el hombre volvió para ayudar á su compañero á encerrar el coche, en tanto que Britles los alumbraba, contemplándolos con admiracion. Hecho esto, dirigieronse hácia la casa y se les introdujo en una sala, donde se despojaron de sus levitones y sombreros, mostrándose tal cual eran.

El que habia llamado á la puerta era un hombre robusto, de estatura mediana, y representaba unos cincuenta años; tenia los cabellos negros y lustrosos, espesas patillas, la cara redonda y los ojos penetrantes. El otro era alto y seco, de exterior poco agradable, nariz remangada y mirada siniestra.

— Decid á vuestro amo que Blathers y Duff se hallan aquí, dijo el primero pasándose la mano por los cabellos, y poniendo encima de la mesa dos esposas... ¡Ah! buenos días, ¿podré deciros dos palabras en secreto?

Estas palabras se dirigieron al doctor, que apareció en aquel momento. Hizo una seña á Britles para que saliese, é invitando á las señoras á que entrasen, cerró la puerta.

— Hé aquí la dueña de la casa, dijo el doctor volviéndose hácia la señora Maylie.

El señor Blathers saludó, y habiéndosele invitado á que se sentase, tomó una silla, puso su sombrero en el suelo, é hizo una seña á Duff para que le imitara. Este último, que no parecia tan acostumbrado á frecuentar la buena sociedad, ó que no estaba á gusto delante de ella, dejóse caer de golpe en su silla, y para darse importancia, se metió en la boca el puño del baston.

— Ahora hablemos del crimen, dijo Blathers; ¿cuáles son las circunstancias?

El doctor, que deseaba ganar tiempo, refirió el hecho, extendiéndose en los mas minuciosos detalles, en tanto que Blathers y Duff parecian comprender perfectamente, cambiando de vez en cuando una mirada de inteligencia.

— No puedo asegurar nada sin inspeccionar la localidad, dijo Blathers; pero me atrevo á decir, sin temor de equivocarme mucho, que no es ningun novicio el que ha intentado el golpe. ¿Qué os parece, Duff?

— Para hacerlo comprender mejor á estas señoras, supongo que entendeis por esto un ladrón que no es del campo, dijo Osborne sonriendo.

— Justamente, compadre, contestó Blathers. ¿No teneis otros detalles que darnos?

— Ninguno, contestó el doctor.

— ¿Quién es ese muchacho de que hablan los criados? preguntó Blathers.

— ¡Eso es una sandez! replicó el doctor; á un criado que se asustó se le metió en la cabeza que el tal muchacho habia tomado parte en la tentativa de fractura; pero esto es un absurdo.

— Eso es muy fácil de decir, observó Duff.

— Lo que dice mi compañero es lógico, repuso Blathers, aprobando con un movimiento de cabeza las palabras de Duff, y jugando indiferentemente con las esposas como si fueran unas castañuelas. ¿Quién es ese muchacho, cuáles sus antecedentes? ¿de dónde viene? Supongo que no habrá caído del cielo, ¿eh, compadre?

— No, seguramente, contestó el doctor, lanzando á las señoras una mirada expresiva; yo conozco toda su historia; pero ya hablaremos de eso despues. Supongo que deseareis ver desde luego el sitio por donde los ladrones intentaron penetrar.

— Ciertamente, contestó Blathers; necesitamos ver primero la localidad, y despues interrogar á los criados. Esta es la manera de proceder generalmente.

Al momento se trajeron luces: Blathers y Duff, acompañados del constable, Britles, Giles, y en una palabra, de toda la casa, se dirigieron á la bodega situada al extremo del jardin.

Despues de mirar la ventana por dentro, dieron la vuelta por el terraplen; examinaronle exteriormente; tomaron una luz á fin de ver el postigo, una linterna para seguir las huellas, y una horquilla para registrar las malezas. Hecho todo esto, en medio del mas religioso silencio, volvieron á la habitación, y Giles y Britles recibieron orden de manifestar qué parte habian tomado en los sucesos de la vispera.

Ambos obedecieron, refiriendo el hecho mas de seis veces, y si bien al principio solo en un punto importante dejaron de estar acordes, concluyeron por no convenir en mas de doce.

Despues de esto, Blathers y Duff hicieron salir á todo el mundo, y deliberaron juntos largamente, con tanto misterio y solemnidad, que una consulta de médicos en un caso difícil, hubiera sido un juego de niños, comparada con aquella deliberacion.

Durante el coloquio, paseábase el doctor en la habitación contigua, sumamente agitado, mientras que la señora Maylie y Rosa se miraban con inquietud.

— A fe mia, exclamó Osborne, despues de haber recorrido la sala á grandes pasos y parándose de repente, que no sé ya qué hacer.

— Me parece, dijo Rosa, que si contáramos fielmente á esos hombres la historia del pobre muchacho, esto bastaria para alejar de él toda sospecha.

— Lo dudo mucho, querida señorita, dijo el doctor moviendo la cabeza. No creo que esto baste para hacerle aparecer inocente á los ojos de esos hombres, ni aun á los ojos de otros funcionarios mas elevados. Despues de todo, dirian ellos, ¿quién es ese muchacho? Un vagabundo. Además, juzgando solo su historia por las consideraciones y probabilidades ordinarias, preciso es convenir en que nada tiene de verosímil.

— Sin embargo, vos la dais crédito, se apresuró á decir Rosa.

— Yo la acepto por extraña que sea, continuó el doctor, y acaso dé con esto una prueba de tonto; pero no creo que tuviese el mismo valor á los ojos de un agente de policía ejercitado.

— ¿Por qué? preguntó Rosa.

— ¿Por qué, hija mia? repuso el doctor; porque esa historia examinada bajo cierto punto de vista, tiene mas de un lado inverosímil. El muchacho solo puede probar lo que está en contra de él y no lo que le favorece. Ahora bien, esa gente quiere saber siempre el por qué, y no admite nada sin pruebas. Por la propia confesion del chico, ya veis que desde hace algun tiempo solo vive con ladrones, y ha sido ya cogido y llevado ante un comisario de policía por robar el pañuelo á un caballero. Despues le sacaron á viva fuerza de la casa de aquel señor, conduciéndole á un sitio que no puede indicar, y cuya situacion ignora completamente. Por último, dos hombres que parecen interesarse mucho por él le llevan á Chertsey, y de grado ó por fuerza le hacen pasar por una ventana para desbaliar una casa; y precisamente en el momento en que quiere dar la alarma, lo cual hubiera sido la única prueba de su inocencia, recibe un pistoletazo, como si todo conspirase para impedirle hacer una buena accion. ¿No os extraña esto mucho?

— Convengo en que es muy singular, dijo Rosa, riéndose de la vivacidad del doctor; pero en fin, yo no veo ahí nada que pruebe la culpabilidad del chico.

— No, es claro, repuso el doctor. Hé ahí lo que son las mujeres; sus hermosos ojos no ven nunca, ya sea en bien ya en mal, mas que un lado de la cuestion, y siempre aquel que antes se presenta á su espíritu.

Despues de haber formulado esta máxima, el doctor, con las manos en los bolsillos, volvió á pasear de un extremo á otro de la habitacion.

— Cuanto mas pienso en ello, murmuró, mas me convenzo que poner á esos hombres al corriente de la historia del chico, seria embrollar mas el asunto, agravando la dificultad. Seguro estoy que no creerán nada, y aun admitiendo que el muchacho no fuese condenado, la publicidad dada á las sospechas que pesarian sobre él, seria un obstáculo para vuestras generosas intenciones y para vuestro deseo de sacarle de la miseria.

— ¡Dios mio! querido doctor, ¿qué haremos pues? dijo Rosa. ¿Por qué habrán llamado á esa gente?

— ¡Es verdad! exclamó la señora Maylie. Daria cualquier cosa por verlos lejos de aquí.

— No hay mas que un medio, dijo al fin el doctor sentándose; pero se necesita audacia, aunque tenemos la excusa de que el fin que nos proponemos es laudable. Por lo pronto, el muchacho tiene ahora fiebre, y no puede sostener una conversacion, lo cual siempre es una ventaja. Hagamos pues todo cuanto esté de nuestra parte, y si no salimos adelante, nos quedará al menos el consuelo de que no es por culpa nuestra... ¡Entrad!

— Y bien, compadre, dijo Blathers entrando en la habitacion con su colega, y cerrando cuidadosamente la puerta; puedo aseguraros que no era un golpe combinado.

— ¿A qué diablo llamais un golpe combinado? preguntó el doctor con impaciencia.

— Entendemos por eso, señoras, contestó Blathers, volviéndose hacia la señora Maylie y Rosa, como si tuviese compasion de su ignorancia y despreciara la del doctor; entendemos por eso, que los criados hayan tomado parte como cómplices.

— Nadie sospecha de ellos, replicó la señora Maylie.

— Es posible, señora, repuso Blathers; pero bien hubieran podido ser culpables.

— Tanto mas cuanto que se tiene en ellos completa confianza, añadió Duff.

— Nosotros creemos, continuó Blathers, que el golpe viene de Lóndres, pues estaba ideado á la alta escuela.

— Así es, observó Duff en voz baja.

— Eran dos, añadió Blathers, y llevaban consigo un muchacho; esto es evidente, y para convencerse basta ver la ventana. No podemos decir mas en este momento; ahora vamos si gustais á visitar el muchacho que está arriba.

— Estos caballeros tomarán antes alguna cosa, señora Maylie, dijo el doctor con semblante alegre, como si una inspiracion repentina acabase de iluminar su mente.

— ¡Oh, es verdad! exclamó Rosa con viveza; al momento si quereis.

— Con mucho gusto, señorita, dijo Blathers pasándose la manga por los labios; este trabajo abre mucho la sed; pero no os incomodeis por nosotros.

— ¿Qué quereis tomar? preguntó el doctor siguiendo á la joven al aparador.

— Una gota de licor, compadre, si gustais, repuso Blathers. No hacia mucho calor por el camino, señora, y me parece que lo mejor es calentar un poco el estómago.

La señora Maylie, á quien se hacia esta confianza llena de interés, la acogió con gracia, y el doctor aprovechó el momento para ausentarse.

— ¡Ah! señoras, dijo Blathers cogiendo su vaso y llevándose a la boca; ya he visto en mi vida muchos casos como el presente.

— ¿Os acordais de aquel robo con fractura cometido en Edmouton? preguntó Duff, como si quisiera refrescar la memoria de su compañero.

— Mirad, aquel fué un robo por el estilo del de ayer, repuso Blathers; ¿no era Coukey Chickweed el que intentó dar el golpe?

— Siempre se lo achacais á él, contestó Duff; pero yo

estoy seguro que fué la familia Pett. Tanto tuvo que ver en eso Coukey como yo.

— Vamos, yo sé bien lo que me digo. ¿Os acordais del dia que robaron á Coukey? ¡Vaya un alboroto que hubo! Aquello fué un enredo espantoso.

— ¿Qué sucedió? preguntó Rosa, deseando poner de buen humor á sus desagradables visitantes.

— Aquel fué un robo como nunca se habia visto, señorita, dijo Blathers. El tal Coukey Chickweed...

— Coukey quiere decir nariz larga, señora, interrumpió Duff.

— Eso ya lo sabe esta señora, ¿no es verdad? preguntó Blathers; y advertid, Duff, que siempre me estais interrumpiendo. Ese Coukey tenia en el camino de Battlebridge una taberna donde iban muchos jóvenes lores á ver riñas de gallos, etc., y yo que asistia siempre, puedo aseguraros que el tal tabernero entendia perfectamente su negocio. Sucedió pues que una noche le fueron robadas trescientas veinte y siete guineas que tenia en un saco, por un hombre de seis piés de altura, con un parche en un ojo, que se escondió debajo de su cama. Cometido el robo, el ladron saltó por la ventana de la alcoba, que estaba en el primer piso, y huyó con la mayor ligereza; pero Coukey, que estaba despierto, tiróse de la cama, hizo fuego sobre el ladron, y puso en alarma á toda la vecindad. Todo el mundo se pone en pié al momento, se busca por todas partes, y hállase que Coukey ha herido al ladron, pues habia manchas de sangre hasta la pared del cercado, que estaba bastante lejos. Despues ya no se vio nada. La pérdida del dinero arruinó á Chickweed; su nombre apareció en la *Gaceta* entre los de los comerciantes quebrados, y en vista de esto, abrióse una suscripcion para socorrer á aquel pobre hombre, á quien la desgracia trastornaba la cabeza, y que durante tres ó cuatro dias estuvo corriendo por las calles, mesándose los cabellos, y en una desesperacion tal, que muchos temieron por su vida. Cierta mañana se presenta muy agitado en las oficinas de policía, y tiene una conferencia particular con el juez; este, despues de escucharle, toca la campanilla para llamar á Jacobo Spyers, que era un agente muy activo, y le manda que vaya á prestar auxilio á Coukey para apoderarse del ladron.

— ¿Creeréis, amigo Spyers, le dijo Coukey al salir, que le ví pasar ayer por delante de mi puerta?

— ¿Y por qué no le cogisteis por el cuello? preguntó Spyers.

— Me quedé tan aturdido, que se me hubiera podido matar con un mondadientes, contestó el pobre hombre; pero ya le cogereis, pues le ví pasar tambien por la noche entre diez y once.

Acto continuo se provee Spyers de una camisa blanca y de un peine, para el caso de estar ausente dos ó tres dias, y va á colocarse en una de las ventanas de la taberna, oculto por una cortina encarnada, con el som-

brero calado hasta las orejas, y pronto á lanzarse sobre el ladron.

Hallábase por la noche fumando tranquilamente su pipa, cuando de repente oye á Coukey gritar:

— ¡Ahí está, al ladron, al asesino! Spyers se precipita fuera; ve á Coukey corriendo y gritando, le sigue, la multitud se apiña, todo el mundo grita: ¡al ladron! y el tabernero sigue siempre corriendo y chillando como un loco. Spyers, que le ha perdido un momento de vista, le divisa luego en el centro de un grupo, y penetrando en él exclama:

— ¿Dónde está el ladron?

— ¡Pardiez! contesta Coukey, se me ha vuelto á escapar.

Lo mas extraño es que no se le encontró en ninguna parte, y hubo que volver á la taberna sin haber adelantado nada.

Al dia siguiente, Spyers volvió á su observatorio para acechar el momento en que pasara el hombre de seis piés con un emplasto en el ojo. A fuerza de mirar turbósele la vista, y en el momento que se frotaba los ojos, cátae que Coukey comienza á gritar: ¡al ladron! y echa á correr.

Spyers se lanza detrás y recorre doble camino que la vispera; pero no se encuentra al ladron, y tambien esta vez tiene que volverse sin resultado.

La escena volvió á repetirse una ó dos veces mas, y en la vecindad, unos decian que era el diablo quien habia robado á Coukey burlándose despues de él, y otros que el pobre hombre estaba loco de pena.

— ¿Y qué dijo Spyers? preguntó el doctor, que habia entrado desde el principio del cuento.

— Durante mucho tiempo, continuó Blathers, Jacobo Spyers no dijo una palabra, sino que comenzó á practicar averiguaciones sin darlo á conocer, lo cual prueba que entendia su oficio; pero cierto dia, aproximóse al mostrador, y abriendo su caja de rapé, dijo al tabernero:

— ¿Sabeis, Chinkweed, que he descubierto al ladron?

— ¿Le habeis descubierto? preguntó el tabernero; ¡oh! mi querido Spyers, que pueda yo vengarme y moriré contento. ¿Dónde está ese bandido?

— Mirad, dijo Spyers ofreciéndole un polvo de rapé; ¡ya basta de juego! ¡Vos sois el ladron!

Y era verdad: de aquel modo habia reunido una gran cantidad, y nunca se hubiera descubierto el enredo, si no hubiese tenido tanto afan en salvar las apariencias.

— Eso ya pasa de broma, ¿eh? dijo Blathers poniendo su vaso sobre la mesa y agitando las esposas.

— Es muy raro, en efecto, observó el doctor; ahora, si quereis, subamos á ver al chico.

— A vuestras órdenes, caballero, contestó Blathers.

Así diciendo, los dos oficiales de policía, precedidos de Giles, que los alumbraba, subieron detrás de Losborne al cuarto de Oliverio.

El muchacho habia dormido, mas parecia hallarse peor, y la fiebre era mas intensa. Ayudado por el doctor, pudo sentarse en la cama, y comenzó á mirar á los recién venidos sin comprender lo que hacian á su lado, y sin parecer recordar lo que le habia pasado, ni dónde se hallaba.

— Hé aquí, dijo el doctor, hablando en voz baja, aunque con cierta vehemencia; hé aquí el muchacho, que habiendo sido herido de un tiro, por equivocacion, al pasar junto á la casa del señor... ¿cómo se llama? allá abajo... vino esta mañana á pedir socorro, y fué maltratado por ese ingenioso personaje que nos alumbraba, el cual ha puesto en grave peligro la vida de este chico, como así puedo certificarlo en virtud de mi profesion.

Blathers y Duff miraron atentamente á Giles, que en su aturdimiento, apartó la vista de Oliverio, fijándola despues en el doctor con aire atemorizado é indeciso.

— Supongo que no tendreis la intencion de negarlo, dijo el doctor acostando dulcemente á Oliverio.

— Yo lo hice todo para... para bien, señor, contestó Giles; yo creí firmemente que era el mismo muchacho, pues de otro modo me hubiera guardado bien de maltratarle. Yo no soy cruel, señor.

— ¿Qué muchacho creisteis que era? preguntó Duff.

— El de los ladrones, contestó Giles; no es dudoso que llevaban uno consigo.

— ¿Y cuál es vuestra opinion ahora? preguntó Blathers.

— ¿Mi opinion? replicó Giles con aire asustado al agente de policía.

— ¿Creéis que sea el mismo chico que está aquí, imbécil? replicó Blathers con impaciencia.

— Yo no sé, á decir verdad, yo no sé, repuso Giles enteramente desconcertado. Yo no lo juraria.

— Pero en fin, sepamos cuál es vuestra opinion, dijo Blathers.

— Yo no sé qué pensar, repuso el pobre Giles; yo no creo que ese sea el mismo chico; estoy casi seguro que no lo es; bien sabeis que no puede ser él.

— ¿Ha bebido este hombre? preguntó Blathers volviéndose hacia el doctor.

— ¡Qué imbécil sois! dijo Duff á Giles con profundo desden.

Durante este corto diálogo, el doctor habia tomado el pulso al enfermo, y levantándose despues de la silla que ocupaba junto al lecho, observó que si los agentes de policía tenían alguna duda sobre aquel punto, era lo mas acertado pasasen á la habitacion contigua, para interrogar á Britles.

Aceptóse la proposicion, y en consecuencia hicieron comparecer á Britles, que con sus respuestas no hizo mas que embrollar el negocio.

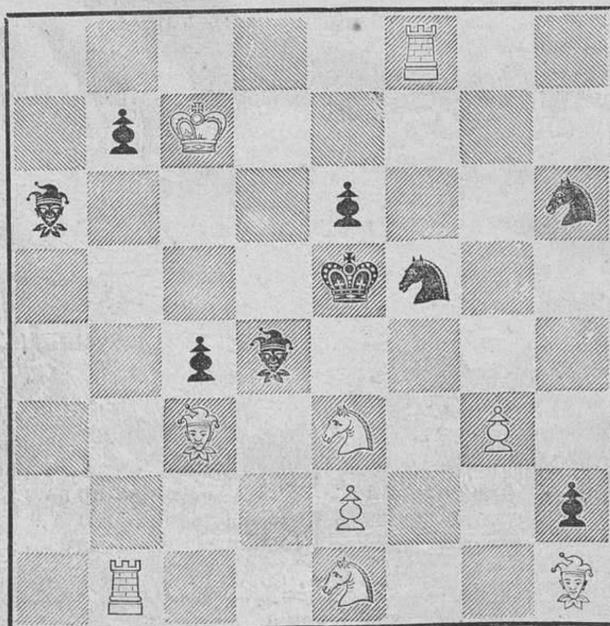
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 245.

- | | | |
|---|------------------------------------|------------|
| 1 | A 4ª TRª jaque | R 3ª TRª |
| 2 | T 7ª CR | Cualquiera |
| 3 | C 8ª CRª jaque | R toma |
| 4 | A 4ª Rª ó 5ª R, segun, jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 247, POR M. F. HAELEY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Los Editores-Proprietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

Acumuló contradicción sobre contradicción, declarando que no podía reconocer al chico aun cuando le tuviese delante de los ojos; que había creído que era aquel, porque Giles se lo dijo así; pero que Giles manifiestó en la cocina cinco minutos antes que temía haber procedido con demasiada ligereza.

Entre otras ingeniosas conjeturas agitóse la cuestión de saber si Giles habría herido realmente á alguno: examinóse la segunda pistola, y se halló que no estaba cargada sino con pólvora y tacos.

Este descubrimiento hizo una gran impresión en todo el mundo, menos en el doctor, que había sacado la bala diez minutos antes; pero á nadie afectó tanto como á Giles, que después de haber estado atormentándose varias veces con el temor de haber herido á uno de sus semejantes, se aferró con ardor á la idea de que la pistola no tenía carga.

Por fin, los agentes de la policía, sin inquietarse mucho acerca de Oliverio, dejaron en la casa al constable de Chertsey y se fueron á dormir á la villa, prometiendo volver á la mañana siguiente.

Llegada la hora, circuló el rumor que habían sido detenidos en Kingston dos hombres y un muchacho, sobre quienes recaían vehementes sospechas. Blathers y Duff acudieron inmediatamente al sitio; pero después de una minuciosa averiguación descubrióse que las sospechas solo se apoyaban en el hecho de que se habían encontrado dos hombres y un chico dormidos junto á un montón de heno.

Claro es que esto es un crimen, pero no puede castigarse mas que con la cárcel, pues la ley inglesa, ley misericordiosa y tutelar, no considera suficiente para probar un robo con fractura, el que uno ó mas hombres hayan pasado la noche al sereno. En consecuencia, Blathers y Duff tuvieron que volverse como habían venido.

Al fin, después de nuevas pesquisas y largas conferencias, convino en que la señora Maylie y el doctor responderían de Oliverio, si llegaba á buscarle la justicia, y un magistrado de la vecindad recibió su declaración. Blathers y Duff, á quienes se recompensó con algunas guineas, volvieron á Londres, sin ser del mismo parecer acerca de su expedición. Todo considerado, Duff se inclinó á creer que la tentativa de fractura se había cometido por la banda de Pett, y Blathers por el contrario atribuía el hecho al célebre Coukey Chickweed.

Poco á poco restablecióse Oliverio: los cuidados reunidos de la señora Maylie, Rosa y el doctor le devolvieron la salud. Si el cielo escucha las fervientes súplicas que le dirigen las almas penetradas de reconocimiento, las bendiciones que el huérfano invocó para sus protectores, debieron bajar hasta su corazón para colmarle de paz y felicidad.

XXXII.

Los padecimientos de Oliverio fueron largos y crueles, pues además de lo que le hacía sufrir su brazo roto,

que estaba á las bondades de las dos excelentes señoras, y cuán grande era su deseo de recobrar la salud y las fuerzas para probarles todo el agradecimiento de su corazón, haciendo cualquier cosa que diese á conocer que no había sido inútil su generosa bondad, y que el pobre niño arrancado por ellas de la miseria y de la muerte, deseaba tan solo servirles en lo que pudiese.

— Pobre chico, decía Rosa, cierto día que Oliverio trató de articular palabras de agradecimiento, que se escapaban de sus pálidos labios; no os faltarán ocasiones de servirnos si quereis, pues vamos al campo y mi tía tiene intención de que venga con nosotras.

— ¡Oh! querida señorita, quiera Dios que sea pronto.

(Se continuará.)

EL

Album autográfico.

De la hermosa publicación francesa que con el título de *Album autographique, l'Art à Paris en 1867*, continuación de *l'Autographe au Salon*, que está saliendo á luz en Paris, tomamos dos dibujos, de los cuales el primero (véase la página 173) está hecho por Victor Hugo. La pluma del gran poeta conserva siempre su magia cuando trata en el papel las antiguas aldeas del Rhin, los castillos de España, los violentos esfuerzos de la naturaleza y los dramas siniestros de nuestro tiempo. Muy gustosos hemos aprovechado la ocasión de ofrecer á nuestros lectores una espléndida muestra de esta rara facultad que posee Victor Hugo.

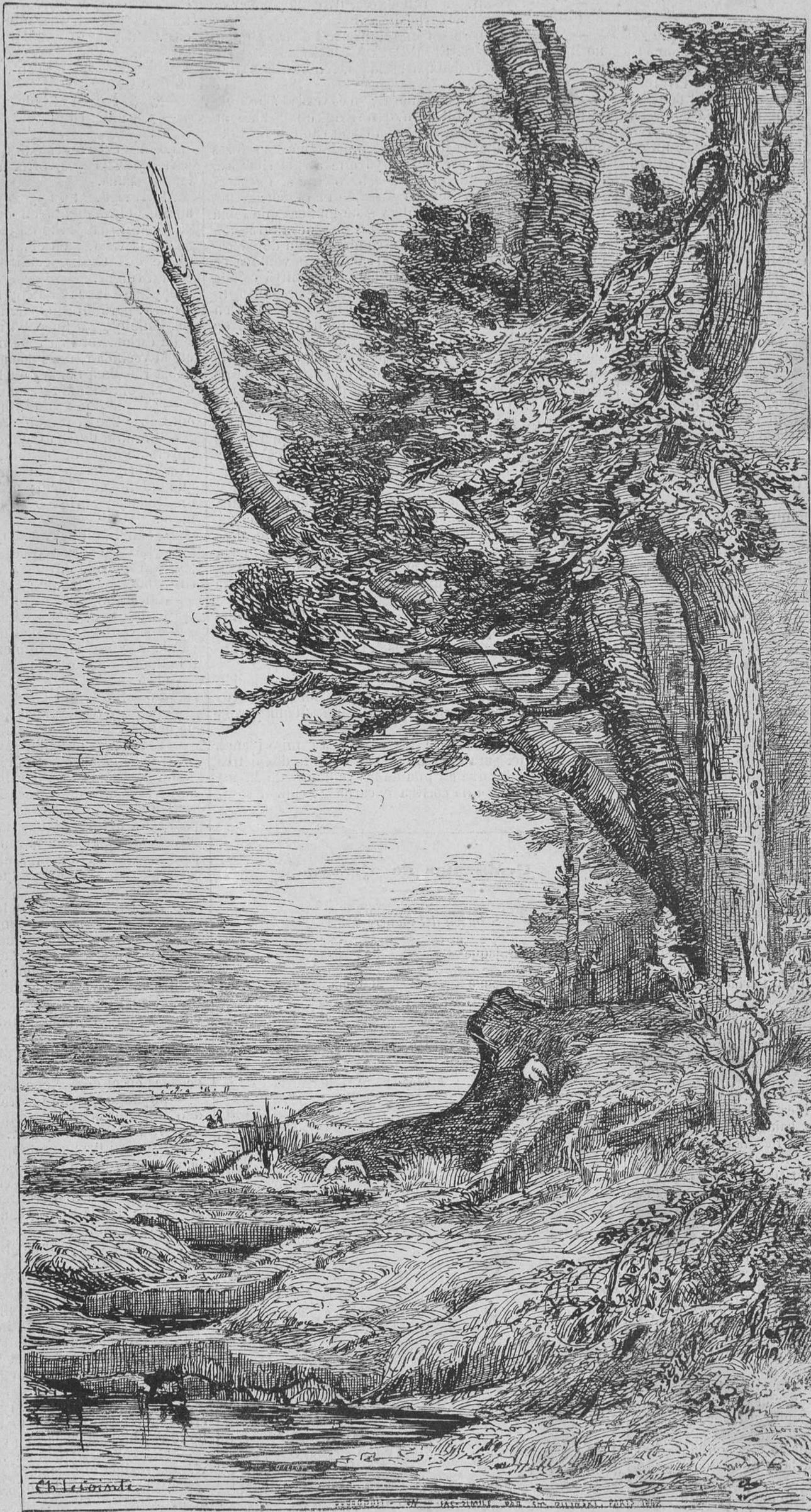
En cuanto á la publicación de donde hemos tomado ese dibujo y el que damos en esta página, diremos que compone la obra mas artística que pueden desear las personas de gusto. Habiéndose dado á luz con motivo de la Exposición universal, contiene este *Album* la reproducción por los mismos artistas expositores de las obras que han enviado á la Exposición anual de 1867 y al Campo de Marte.

Los pintores y escultores de todas las escuelas y países, han tomado parte en esta obra, á la que han suministrado mas de 400 dibujos, entre ellos algunos de los primeros maestros.

Los elegantes pabellones y los palacios que adornan el Campo de Marte, así como los objetos de arte industrial, dibujados especialmente para el *Album autográfico* por los industriales y los arquitectos, figuran tambien en la obra, que repetimos será lo mas completo y lo mas artístico que haya

podido verse sobre las muchas maravillas que el año 1867 ha reunido en Paris.

El *Album autográfico* se compondrá de 20 entregas, estará terminado en octubre, y costará 12 francos; cada entrega cuesta 60 céntimos.



A la orilla del mar.

habíase apoderado de él á causa del frío y la humedad una fiebre violenta que no le abandonó en algunas semanas, minando su débil constitución. Al fin comenzó á restablecerse lentamente, y pudo manifestar, mezclando lágrimas con sus palabras, lo muy reconocido